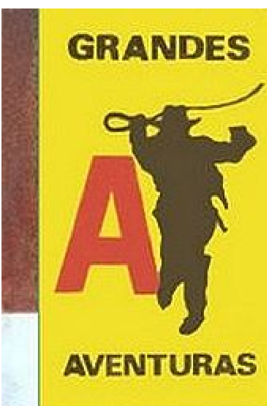




COSECHA NEGRA

Recuerdo que cuando Angie Brown, la chica que era como un trozo de esparadrapo que no te puedes quitar de encima, se cruzó en mi camino, yo estaba pensando en ir a ver una película de dibujos animados.

Acababa de salir del Hotel Metropolitan de Londres y aún tenía frescos en la memoria ciertos escalofriantes acontecimientos vividos en Estambul. Ya les conté eso en mi anterior relato[1] y no pienso insistir. Pero quienes lo hayan leído, comprenderán que después de aquello necesitaba sumergirme en la oscuridad protectora de algún cine de barrio, donde, con tal de que no olvidara darle propina al acomodador, nada terrible podría sucederme.



Indiana James

Cosecha negra

Bolsilibros - Indiana James - 18

ePub r1.0
LDS 28.04.18

Título original: *Cosecha negra*
Indiana James, 1986
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Recuerdo que cuando Angie Brown, la chica que era como un trozo de esparadrapo que no te puedes quitar de encima, se cruzó en mi camino, yo estaba pensando en ir a ver una película de dibujos animados.

Acababa de salir del Hotel Metropolitan de Londres y aún tenía frescos en la memoria ciertos escalofriantes acontecimientos vividos en Estambul. Ya les conté eso en mi anterior relato[1] y no pienso insistir. Pero quienes lo hayan leído, comprenderán que después de aquello necesitaba sumergirme en la oscuridad protectora de algún cine de barrio, donde, con tal de que no olvidara darle propina al acomodador, nada terrible podría sucederme.

Angie me atrapó frente a un quiosco, mientras yo consultaba en un «Time Out» recién comprado la cartelera de cine.

—Oye tío, ¿me pasas un par de libras? —se presentó.

La miré. Siempre me ha caído bien la gente que tiene desparpajo. Y aquella chica (aquella cría, porque no tendría más de dieciséis años) lo tenía a raudales. Para pedir dinero a desconocidos como quien pide la hora, para peinarse como si a su peluquero le hubiera dado un ataque de epilepsia en pleno trabajo y para lucir con la cara muy alta unas ropas semiharaposas sacadas del baúl de los recuerdos de su abuelita. A pesar de todos sus intentos por disimularlo, era bonita. Tenía un cuerpo más que prometedor y una cara graciosa y espabilada. Muy espabilada.

—Que necesito un par de libras, colega —insistió en el tono de quien se dirige a un camarero tardón.

—Perdona. No te había entendido —y le di las dos libras solicitadas.

Por lo visto, no estaba acostumbrada a que la gente accediera

sin más a sus peticiones. Se quedó mirando los billetes como si dudara de su existencia.

—No me has preguntado para qué las quiero… —protestó, casi ofendida.

—Ni tú me lo has dicho. Precisamente por eso te las he dado. Si me hubieras contado alguna historia de desgracias y necesidades urgentes no me la habría creído y te habrías quedado sin pasta por mentirosa.

Con esto di por aclarado el asunto y me alejé caminando. La chica me siguió y me agarró por la manga.

—¡Eh, tú! ¿No se te ha ocurrido que puedo emplear este dinero para comprar droga dura?

—Ah, perfecto. Entonces lo recuperaré, porque da la casualidad de que soy el que controla el tráfico de heroína en este barrio… —Muy satisfecho por esta salida ingeniosa, reemprendí el camino.

—Ja, ja —la oí pisándome los talones—. No cuela. Indiana James jamás se mezclaría en porquerías de éstas.

Esta vez me paré y me encaré con ella:

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Te vi una vez en la tele. En un reportaje sobre un lío relacionado con el triángulo de las Bermudas[2]. A la que te eché el ojo, me dije: «Angie, éste sí que es un aventurero como la copa de un pino». Y así, como para mí misma, me prometí: «Si alguna vez tienes la oportunidad, te lo llevas al catre». Lo de pedirte pasta era una táctica para romper el hielo —confesó.

Bueno, no era nada nuevo sobre la faz de la Tierra. Una cría jugando a mujer fatal. Me dieron ganas de decirle que sí, que de acuerdo, busquemos un hotel y juguemos a lo que juegan las personas mayores, para ver cómo reaccionaba. Pero se me estaba haciendo tarde.

—Lo siento. Prueba con el otro Indiana. Yo soy un tío duro.

No se arredró. Ni por la frase lapidaria ni por el hecho de que intentara distanciarme de nuevo de ella. Fue entonces cuando se me ocurrió lo del trozo de esparadrapo que no te puedes quitar de encima. Subí a un autobús y ella subió detrás. Pagué mi billete y ella pagó el suyo empleando parte del dinero que le había dado.

—En serio, ¿no te gustaría vivir una aventura apasionadísima conmigo? —Y cerraba los ojos poniendo cara de vampiresa.

—Imposible. Dan «Bambi» en el cine Roxy.

—La vemos después, los dos juntos.

El autobús iba lleno de gente y, como se sabe, la gente se aburre mucho en los autobuses y procura distraerse escuchando las conversaciones de los demás. Bajé el tono de voz hasta el límite de lo inteligible:

—A ver qué te parece esto, Angie: Yo acabo de darte dos libras y tú te ofreces a acostarte conmigo. Queda como un poco mercantil, ¿no? Y eso, utilizando un término suave.

—Bueno, te las devuelvo.

—No las tienes —dije, triunfal, elevando el tono de voz hasta más allá de lo prudente—. Te has gastado casi la mitad en el billete. Búscate un trabajo honrado, gánatelas y después búscame.

—Y mientras lo decía, me felicitaba por mi ingenio y por haberla puesto en su lugar.

Sin inmutarse, Angie le quitó el sombrero a un señor que tenía a su lado y lo tendía hacia la gente que nos rodeaba.

—¿Alguien podría prestarme dos libras? —gritó. Y, señalándome—: Es que se niega a acostarse conmigo a menos que le entregue esa cantidad por anticipado.

Se hizo un silencio sepulcral al tiempo que una docena de rostros furibundos se giraban hacia mí. Me pareció que una señora gorda teñida de rubio ponía cara de interés. Yo sentí que me empequeñecía, quise sonreír como para expresar que Angie estaba loca, pero me salió una mueca rara, enrojecí y supongo que todo en conjunto fue interpretado por la masa como una prueba de culpabilidad.

—Vamos, vamos… Es un gígolo muy bueno. Sería una pena que me lo perdiera por no poder pagar su tarifa.

—¿Dos libras…? —preguntó la gorda teñida, parpadeando.

—Sí, pero no te hagas ilusiones —puntualizó Angie—. En realidad es más caro, pero a mí me hace una rebaja porque soy su hija.

Por suerte, en aquel momento el autobús hacía parada en Picadilly Circus. Quise huir, y a fe que lo conseguí. De hecho, me apearon a empujones del vehículo, obsequiándome con un surtido de insultos escogidos de entre lo más vejatorio del diccionario. En la vida había sentido tanta vergüenza. El horror de Estambul no había

sido nada comparado con aquello.

Cuando el autobús ya se ponía en marcha de nuevo, Angie saltó a tierra y corrió hasta alcanzarme.

—Ha sido divertido, ¿eh? —dijo con toda la desfachatez del mundo.

—Vete antes de que haga una barbaridad…

—¡Si precisamente eso es lo que quiero! ¡Que hagas una barbaridad conmigo! Mira, allí viene un policía. Se lo explicaré todo. Seguro que comprende y me da las dos libras.

—¡Angie…!

La agarré por el cuello. Ella me miró y suspiró:

—Está bien, de acuerdo. Te las devolveré de otra manera. ¿Tienes una cámara fotográfica?

—No —contesté, pillado de sorpresa por el brusco cambio de tema.

—Da igual. Ya te comprarás una. Mira esto.

También pillado de sorpresa, tomé el mugriento recorte de periódico que me tendía. Era de «The Sun», el rotativo más sensacionalista de las islas. Un titular, «INSOLITO PARTO EN LAS HIGH LANDS» y una foto en la que se veía a un granjero sosteniendo a un lechón con dos cabezas y ocho patas.

—Es Stephen, mi cuñado —me informó la chica.

—¿Cuál de los dos?

Se rió:

—¿Ves? Eso ha estado muy bien. Yo sé reconocer cuándo los demás se apuntan un tanto. La foto la tomó su esposa, o sea, mi hermana Marion y, lo creas o no, los del periódico le dieron cien libras por ella. Eso fue hace unos ocho meses.

No tenía ni idea de a dónde quería ir a parar. Muy a mi pesar, me di cuenta de que me picaba la curiosidad.

Me lo contó: Aquel lechón monstruoso había sido el primero de una serie de desconcertantes partos en la granja. De repente, las yeguas empezaron a parir potros deformes, las vacas daban a luz terneras estrambóticas y hasta la gala de la granja se descolgó con una camada de gatitos imposibles. Para rematarlo todo, en el invernadero las verduras crecían azules y negras.

—¿Te das cuenta de lo que pagarían por un reportaje sobre esto? Yo no sé escribir, pero puedes hacerlo tú, me das la mitad de las

ganancias por haberte proporcionado la información y ya puedo saldar la deuda. Y después…

—Un momento. ¿Por qué no lo ha escrito tu hermana?

—Porque Stephen se ha vuelto tarumba y no le deja. Al principio, cuando lo del primer lechón, la cosa le hizo gracia, pero después le empezaron a entrar manías, empezó a decir que aquello era obra de Satanás y que la granja estaba endemoniada y no permite que nadie se acerque a ella. Pero yo soy su cuñada, ¿entiendes? Vamos allí con la excusa de que quiero presentarles a mi novio, o sea, a ti, y como quien no quiere la cosa hacemos fotos y tomas datos.

Decidí pasar por alto lo del «novio». Si antes me había picado la curiosidad, ahora empezaba a picarme el interés. Angie tenía razón al suponer que aquel reportaje podía venderse muy bien. Me vino a la cabeza una frase de Zenna Davis, mi amiga periodista del «The New York Times»: «No hay derecho. Te matas por conseguir fotos del último accidente de aviación, o de la más espeluznante de las masacres terroristas y después resulta que las cartas de felicitación te llegan por un reportaje sobre un chalado que ha construido una reproducción a escala de la catedral de San Patricio con huesos de aceitunas».

—¿Dónde está esa granja?

—En Escocia, a orillas del lago Ness. El del monstruo, ya sabes. Salen, tienes para Glasgow cada hora. No llevan coche cama, pero podemos reservar un compartimiento para los dos solos y así arreglamos lo nuestro…

—Ni hablar. No me habrás pagado hasta que el reportaje esté vendido y cobrado.

—Bueno, sabré esperar —se resignó—. ¿Pido un taxi para ir a la estación?

—Lo pediré yo.

Y así fue como, de la manera más tonta, me metí en el lío. En los días que seguirían tendría ocasión de arrepentirme una y mil veces de no haber ido al cine.

CAPÍTULO II

Llegamos a Inverness, la capital de las High Lands o Tierras Altas de Escocia, al día siguiente, después de haber cambiado de tren en Glasgow.

Escocia, cuna del *whisky* y de *Sir* Walter Scott, tierra de montañas salvajes, lagos, fiordos, castillos con fantasma, hombres con falda tocando la gaita y todos los demás tópicos que se les ocurran, incluyendo al inefable monstruo del Loch Ness.

En Glasgow, ciudad industrial, hermana fea de la cercana y turística Edimburgo, aproveché un par de horas muertas entre tren y tren para comprarme una cámara Nikon Plus que me costó un ojo de la cara. Angie, por su parte, se ausentó también de la estación después de pedirme prestadas cincuenta libras «para comprar una cosa», según argumentó. Regresó con su compra oculta dentro de una bolsa de plástico y aires de misterio.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Una sorpresa. Ya lo verás a su debido tiempo.

Me dio la impresión de que quería que insistiera, para divertirse un poco a costa de mi curiosidad, de modo que no pregunté más.

La granja de Stephen Gallaher, el marido de Marion, se hallaba a unas veinte millas al sur de Inverness, cerca de un pueblo de nombre rarísimo —Drummadochit— y a orillas del lago Ness —sí, el del bicho—, que se alarga, en forma de río, desde Inverness hasta Fort Augustus.

Como sea que ya andaba metido en gastos, alquilé un *jeep* Willy para trasladarnos hasta allí. A eso de las seis de la tarde, bajo un cielo amenazante que me hacía mirar con aprensión la capota de lona del vehículo, dejábamos atrás Drummadochit para meternos por el camino de tierra que llevaba a la granja. Estaba oscureciendo

y una neblina baja procedente del Ness flotaba sobre el árido terreno de las High Lands.

—Indy… —dijo Angie, que había permanecido bastante callada durante todo el trayecto.

—¿Sí?

—¿… me prometes que no te enfadarás si te digo una cosa?

Éste es exactamente el tipo de pregunta que viniendo del tipo de chica que era Angie me pone los pelos de punta.

—Es acerca de mi hermana Marion… bueno, en realidad, ahí está el asunto; de hecho… no es mi hermana. —Yo frené en seco. Ella recobró de inmediato la compostura—: Bueno, pero era muy amiga de mi hermana —agregó como si eso lo explicase todo.

Yo no podía creerlo.

—¡Ah, perfecto! —rugí—. ¡Y ahora me dirás que lo de los lechones, los potros, las terneras y las coles también es mentira, y que lo que en realidad te apetecía era hacer turismo conmigo, ¿no?!

—Nada de eso. ¡Oye, no me mires así, que se te van a salir los ojos de las órbitas! Déjame hablar: Yo me enteré del asunto cuando recibí una carta de Marion dirigida a mi hermana donde se lo explicaba todo…

—Recibiste una carta para tu hermana y te la leíste tú. Perfecto. Muy fair-*play* y muy británico —dije con soma.

—Mi hermana murió hace tres años. Marion no lo sabía.

—Oh, lo siento —dije, medio dudando, porque cabía (y mucho) la posibilidad de que estuviera colándome otra bola.

—Se cayó por una ventana. En fin, ya es agua pasada. El caso es que, al leer la carta donde Marion se lo contaba todo a Vicky intuí el negocio, ¿entiendes? —suspiró—: El problema es que a mí Marion apenas me conoce. Si es verdad que su marido está tan chiflado como dice en la carta, no creo que nos deje ni acercarnos a la granja…

—Genial —dije, casi escupiendo la palabra.

—… por eso he ido a la tienda de *atrezzo* y vestuario teatral en Glasgow… la cámara la puedes esconder bajo la sotana. —Y me tendió la bolsa de plástico.

La abrí conteniendo la respiración de puro espanto. Dentro apareció un equipo completo de sacerdote católico, con todos los accesorios: Biblia, cruz, misal e hisopo.

—¿Te percatas? —Siguió Angie, interpretando mi silencio incrédulo como prueba de asentimiento—. Te pones todo esto y le presentas como el padre Bukowski (por poner un ejemplo), reputado exorcista dispuesto a alejar al diablo de las tierras de Gallaher. Ya verás como el tío te recibe con los brazos abiertos…

—El padre Bukowski… —repetí yo, dudando entre estrangularla o arrancarle las extremidades de cuajo y tirarlas al Ness para que el bicho merendara—. Ya puedes ir quitándote esta alucinación de la cabeza. Nos volvemos a Londres.

—¡Vamos, tío, enróllate un poco! Ya estamos aquí y ya te has gastado la pasta comprándote la cámara, ¿no?…

—Tú haz lo que quieras, pero yo te aseguro que Indiana James regresa a Londres.

Pocos minutos después, Angie y el reverendo padre Bukowski llegaban a la granja Gallaher.

Lo que allí nos esperaba, superaba con creces cualquier cosa que hubiéramos podido imaginar.

—Dioses… —dije yo, mientras frenaba en seco junto al invernadero.

Y Angie, a quien de repente se le esfumaron el sentido del humor y las ganas de divertirse, agregó:

—Vámonos de aquí, Indy… ¡Vámonos!

No era para menos. Los diversos edificios que constituían la granja, cuadras, establos, la vivienda central y el propio invernadero, estaban distribuidos alrededor de una gran explanada central. Y esa explanada estaba sembrada de cadáveres.

Cadáveres de caballos, cerdos, vacas y otros animales acribillados a disparos, reventados con cartuchos de caza, aún sangrantes. Algunos de ellos eran deformes, como el de la foto de «The Sun»; otros parecían normales. En el invernadero, todos los cristales estaban rotos y las verduras, de un color negro violáceo imposible, habían sido arrancadas salvajemente.

Todo en conjunto hablaba de locura, de un ataque de furia irracional. De inmediato, se me vino un nombre a los labios:

—Gallaher…

Chirrió la puerta de la vivienda y un joven canijo, con el pelo desgreñado y movimientos nerviosos, corrió hacia nosotros con una escopeta de dos cañones en las manos.

—Ése debe ser Rawlins —me susurró Angie, mientras se parapetaba tras mi sotana.

—¿Rawlins?

—El mozo de cuadra. Según decía Marion en su carta, era el único que conservaba el aplomo y la cordura en la granja…

Si aquél era el más cuerdo, estábamos apañados, pensé. Y ya no pude pensar más, porque ya lo teníamos delante y nos apuntaba con su arma.

—Váyanse —dijo—. No tienen ningún derecho a estar aquí.

Hay momentos en la vida en los que uno tiene que estar, muy, pero que muy en su papel. Y ahora, mi papel era el de reverendo padre Bukowski.

—Hijo mío, esta chica que me acompaña es una buena amiga de Marion Gallaher. Fue ella quien me transmitió la petición de ayuda de esta familia atormentada por…

El tipo bajó la escopeta y puso fin a mi discurso disparando a cinco centímetros escasos ante mis pies. Angie chilló. Yo di un sallo atrás y me quedé mirando estupefacto la nube de tierra y polvo que había levantado el cartucho. Vaya con el cuerdo de la casa, pensé.

—¡Que se vayan, ¿es que no me han oído?! —repitió. Y yo empecé a temer que, además de los anímales, se hubiera cargado también a los propietarios de la casa.

El instinto de conservación (y también Angie, que tironeaba de la manga de la sotana) me aconsejaban poner tierra de por medio urgentemente. No obstante, opté por la forma más manida de apaciguar a los locos peligros: Darles conversación.

—Tú debes ser Rawlins, ¿verdad hijo? —dije sin amilanarme.

—¿Rawlins? No sé de dónde ha salido, reverendo, pero está muy mal informado. Rawlins se pudre en el infierno. Se ahorcó —dijo con siniestra satisfacción—. De aquel árbol, para ser exactos…

En un estúpido afán de precisión, movió el arma para señalar con ella el árbol del ahorcado. Se supone que en ocasiones como éstas, uno ha de hacer un alto en la discusión y echarle una miradita al improvisado patíbulo, con cara de respeto. En vez de esto, me eché hacia delante y agarré con la mano el cañón ardiente de la escopeta. Tiré hacia mí tratando de arrancársela de las manos al tipo. Se resistió. Aferrado a la culata, le vi caer sobre mí a consecuencia del tirón, y entonces empleé mi mano libre para

convertirla en puño y chafarle los morros.

Cuando quiso darse cuenta, ya estaba de culo en el suelo, mirándome con una mezcla de rabia e incredulidad.

—¡Está loco! —aulló—. ¿Usted es sacerdote?

—En efecto. No debes estar muy al día, pero acaba de salir una encíclica que anula lo de poner la otra mejilla. Ahora ya podemos defendernos…

A Angie se le escapó una risita nerviosa El tipo hizo un evidente esfuerzo por controlarse.

—No puede hacer nada por los Gallaher. ¿Es que no reconoce la mano del diablo en todo esto?

—Precisamente. Soy exorcista. —Y, conminándole con la escopeta a caminar delante de nosotros hacia la granja—: Tengo licencia del Vaticano para, en casos extremos, destruir aquellos cuerpos en los que mora el Maligno, de modo que tú verás lo que haces, hijo… Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Wells —escupió—. Jerry Wells. Si entra en esta casa, se arrepentirá toda la vida.

—El arrepentimiento es uno de los caminos que conducen al ciclo. Vamos.

Entramos en el edificio central. Apenas hubimos cruzado el vestíbulo, Angie me clavó una mano crispada en el brazo:

—Ind… Reverendo, vámonos de aquí…

No era para menos. Como yo, acababa de notar tres cosas al mismo tiempo. Primera: *El lugar olía a azufre*. Segunda: *De la parte del tejado llegaba un sonido de batir de alas* y *siniestros graznidos*. Tercera: *En el primer piso, alguien murmuraba, rezando y llorando al mismo tiempo.*

Me forcé a seguir. Al llegar al primer piso, Stephen Gallaher nos salió al encuentro. Iba caminando vacilante, como si estuviera borracho y musitaba plegarias, con la cara arrasada de lágrimas. Al verme, se postró de hinojos ante mí.

—¡Confesión, reverendo, confesión! —suplicó. Y resultaba escalofriante ver a aquel hombrón, que debía frisar la cincuentena, en aquella actitud.

—Dice que es exorcista, Gallaher… —Hizo notar Wells.

—¿Sí? —Y Gallaher levantaba hacia mí su rostro alucinado con esperanza—. ¡Haga que Dios expulse al diablo de esta casa! ¡Hágalo

y confesaré mis pecados, y purgaré penitencia por haberme aliado con él en el pasado! ¡Pronuncie las invocaciones…! —Y me zarandeaba.

Dioses, yo ya no sabía si aquello era trágico o cómico. Y lo peor del caso es que, así, de pronto, no se me ocurría nada que sonara a invocación. El poco latín que aprendí en la escuela lo tenía bastante olvidado. Sólo recordaba algunas frases hechas.

—Sic transit gloria mundi —dije a la desesperada, pensando que él tampoco tenía por qué estar impuesto en latinajos. Y, como ponía cara de esperar más, agregué—: Alea jacta est. Hic haec hoc.

—¡Es un impostor! —gritó Wells de inmediato—. ¡Se está burlando de ti, Stephen…!

Archivé mentalmente el dato. De modo que Jerry Wells, con facha de patán y empleo de mozo de cuadra, estaba lo bastante versado en lenguas muertas como para comprender las frases deshilvanadas que había pronunciado.

—Arderás en el infierno, Wells —repliqué, señalándole con los dos cañones de la escopeta—. Sólo los que están poseídos por Satanás niegan a los enviados del Señor… —Puede parecer una (otra) tontería, pero les juro que aquello hizo el suficiente efecto de cara a Gallaher. Miró a su empleado con cara de duda, y luego a mí.

—No… —dijo—. El diablo llegó a la granja antes que él…

—Dejemos eso ahora, hijo. Dime por qué éstas tan seguro de que Satanás te ha poseído.

—Porque ha maldecido mi estirpe, padre… —gimió.

—¿Tu estirpe? —preguntó Angie.

Gallaher se incorporó. Con paso vacilante, caminó por el pasillo en que nos hallábamos, hacia la habitación del fondo.

Abrió la puerta y se hizo a un lado, sollozando de nuevo. Angie dio un respingo. Wells sonrió con aires de triunfo. Yo me aferré inconscientemente a la escopeta que tenía entre manos.

Dioses, juro que en aquel momento era muy consciente de todas las amenazas invisibles que nos rodeaban. Del olor a azufre. Del batir de alas y los graznidos apagados en el tejado. De la masacre de animales en el patio. Pero nada de eso podía tomarse en consideración si lo comparabas con el monstruo que había dentro de la habitación.

… el monstruo que tenía entre sus brazos una Marion Gallaher

pálida y desencajada, con la mirada idiotizada por el terror y la angustia.

El monstruo al que acunaba.

Su hijo recién nacido.

CAPÍTULO III

El niño tenía tres piernas, muñones retorcidos en vez de brazos y una enorme cabeza hidrocefálica. Las orejas, apenas configuradas, le acababan en punta, como las de un gnomo; su boca carecía de labios. Estaba amoratado de pies a cabeza, pero parecía respirar normalmente. No lloraba.

Gallaher se agarró crispado a mis hombros:

—¡He matado a los animales, he arrancado las plantas, he acabado con todo aquello que estaba poseído por Satanás! ¡Dígame, reverendo, ¿debo matar ahora a mi hijo?!

Yo no le oía. Estaba confundido, casi tan aterrado como él, y una sola palabra me venía a la mente: Talidomida. El fármaco que en los años sesenta dejó tras de sí a un ejército de niños deformes (pero no tanto como aquél, desde luego).

Pensé (porque insistía en aferrarme a la lógica) que los libros de medicina relacionan una lista de más de treinta fármacos, desde el alquilante al yoduro sódico, que pueden provocar anomalías congénitas en los fetos si los toman las madres durante el embarazo. Eso, hasta cierto punto, podía explicar lo del hijo de Marion. Pero ¿y lo de los cerdos, las vacas y las verduras?

Todo esto me pasó por la cabeza en una fracción de segundo. Creo que aunque hubiera dispuesto de horas no hubiera llegado a ninguna conclusión (por lo menos, a ninguna conclusión lógica), pero tampoco tuve oportunidad, porque, en un instante, los acontecimientos se precipitaron.

—Desde que Marion me dijo que estaba embarazada supe que sucedería esto —estaba recitando Gallaher—. En vano la he mantenido apartada de la gente y del pecado, en vano mis rodillas están desolladas de tanto orar pidiendo perdón por mi pecado…

Y, de repente, la ventana que estalló, y una bola de fuego del tamaño de una pelota de baloncesto que irrumpió en la habitación, rodando sobre la cama.

A mí se me cayó la escopeta al suelo del susto, Angie gritó y ambos nos precipitamos hacia Marion, para ayudarla. Entre el humo, a mis espaldas, entreví a Gallaher cayendo de nuevo de hinojos, y un movimiento rápido de Wells, que huía de la habitación. De abajo, llegaba un rumor de pasos precipitados.

Los pasos se acercaron rápidamente. Angie y yo habíamos conseguido sofocar el fuego. Me lancé en plongeon hacia la escopeta en el mismo momento en que varios hombres armados con fusiles automáticos irrumpían en la habitación.

—Quieto, amigo —me aconsejó el primero de ellos. Y yo casi sentí alivio al ver que aquella gente no se valía de conjuros maléficos u oscuros poderes etéreos, sino de armas convencionales. Era un poco, como volver a la realidad, al mundo en el que sabía moverme.

En fin, tuve que resignarme a perder la escopeta. Eran seis o siete, y no tenía sentido enfrentarse con ellos poniendo en peligro a todos los demás.

El mismo que me había apuntado, recogió el arma y se la dio a uno de sus compañeros. Éste, sin mediar palabra, disparó sobre Marion y el niño.

—¡Asesinos…! —chilló Angie.

—¿Están locos? —dije yo.

El tirador procedía ahora a recargar tranquilamente los dos cañones de la escopeta de caza. El jefe, un tipo moreno que se parecía a Robert de Niro, me clavó el cañón de su metralleta en la sotana.

—No se preocupe, padre. A diferencia de los otros, usted debe tener plaza reservada en el cielo. Piense que el gran momento está a punto de llegar —y todo esto lo decía sobreponiendo su voz a los berridos de Gallaher—. Por cierto, ¿dónde está el otro?

Pensé en Wells. ¿Dónde se habría metido?

En este momento, Angie cedió a un ataque de nervios y se lanzó contra uno de los hombres armados. En vez de disparar, éste se limitó a empujarla, haciéndola caer de espaldas a la cama. En una fracción de segundo pasé de una intuición a la certeza más absoluta.

Nos querían malar a lodos, sí, pero no usarían sus armas. Lo harían con la escopeta de caza, para dar la impresión de que había sido el propio Gallaher quien, siguiendo con su ataque de locura, realizara los asesinatos para luego suicidarse.

Verdad o mentira, era algo que comprobaría enseguida. El de la escopeta aún no había acabado de recargar cuando me lancé contra Robert de Niro. No disparó.

Rodamos por el suelo y, de repente, la situación se hizo muy confusa. Oí gritos, y un sonido que de momento no llegué a identificar, y pensé que no había para tanto, que eran más de media docena y, aun sin armas, podrían reducirme fácilmente.

El sonido se hizo más intenso. Los gritos subieron dando brincos por la escala de decibelios. Desde el suelo, donde forcejeaba con Robert de Niro, intuí, a mi alrededor, una precipitada desbandada.

La aparición de un enjambre de cuervos rabiosos respondió a la pregunta que me estaba formulando.

Sí, he dicho enjambre (porque eran muchos, docenas) y he dicho también rabiosos, porque por alguna razón que se me escapaba, prescindían de su condición de carroñeros-que-sólo-comen-carne-de-cadáveres, e hincaban el pico con entusiasmo en filetes mucho más frescos, por decirlo con una expresión cruda.

Uno de los carroñeros se posó sobre el hombro de Robert de Niro y le picó en el cuello, lo que hizo que éste se desentendiera rápidamente de mí para pasar a afrontar problemas mucho más urgentes. Yo me incorporé de un salto; le pegué una patada empujándolo fuera de la habitación y vi a Angie en un rincón, agazapada, protegiéndose con los antebrazos del ataque de cuatro cuervos furiosos.

Se los arranqué materialmente del cuerpo y los estampé uno a uno contra las paredes, lanzándolos como si de pelotas de béisbol se tratara. Dioses, qué asco.

A todo esto, en la habitación sólo quedábamos los Gallaher (los vivos y los muertos), Angie y yo. Y la granja se había convertido en un hervidero de carreras precipitadas, graznidos histéricos, chillidos, imprecaciones, humo y confusión. Junto a mí, Gallaher berreaba a grito pelado que él tenía la culpa de todo, que había pecado en su juventud y que, habiendo sembrado vientos, ahora le llegaba el momento de recoger tempestades.

La mayoría de los cuervos habían salido de la habitación, persiguiendo a los asaltantes (quizá porque les molestaba el humo que había allí dentro). Quedaban un par. Uno que volaba de un lado al otro, muy satisfecho con un ojo en su pico, y otro que hurgó en mi espalda. Yo me eché automáticamente hacia atrás y lo laminé entre ésta y la pared.

¿Había hablado antes de asco?

Sin solución de continuidad ni tiempo para vomitar debidamente (como exigía la situación) salté sobre el cadáver de Marion Gallaher y me asomé a la ventana destrozada. Unos tres metros hasta el suelo. Bien. Los asaltantes podían reorganizarse en cualquier momento y volver a la carga.

—Angie… —dije, agarrando a la chica por las axilas y levantándola en vilo.

—¿Quéeee? —Aterrada.

—¡Procura caer de pie…!

Y la tiré por la ventana.

Se debió pegar un buen porrazo, la pobre, pero yo ni me enteré, porque estaba ocupado tratando de convencer a Stephen Gallaher que debía seguir el mismo camino. El hombre se resistía. Por lo visto, planeaba quedarse allí aullando incoherencias y prosiguiendo con su *show* de meas culpas hasta que alguien lo matase.

Yo no estaba dispuesto a permitirlo. Como era demasiado pesado para izarlo por la fuerza hasta el alféizar de la ventana, lo mandé al exterior de un contundente empujón.

Quedaba Wells, pero yo no sabía dónde estaba. Sin duda, había sido él quien había soltado a los cuervos enloquecidos. Decidí que ya se las apañada solo.

Una última mirada al cadáver de Marion Gallaher, y también al de su hijo, una flexión para recocer una pistola «Beretta» que se le había caído a uno de los asaltantes en su precipitada desbandada, un salto y también yo estuve fuera.

—¿Y ahora…? —me preguntó Angie, desencajada.

—¡El *jeep*…! ¡Huiremos en el *jeep*!

Rodeamos la casa corriendo, tirando entre los dos del alucinado Gallaher, que daba la impresión de haberse roto alguna costilla al caer desde la ventana.

Yo me temía que los asaltantes se hubieran entretenido en

inutilizar el *jeep* antes de entrar en la granja.

Pero no. Allí estaba esperándonos, fiel como el caballo de un cow-boy
de película del Oeste. Nos metimos dentro de un salto. Hurgué en el contacto, donde había dejado las llaves. No estaban.

—¡Indy, se han dado cuenta! —Oí a Angie. Y con el rabillo del ojo constaté que algunos de los asaltantes empezaban a asomar por las ventanas de la fachada.

—¡Mierda, nos han quitado las llaves…!

—¡Dispara, mantenlos a raya! ¡Yo me ocupo de eso! —gritó Angie, al tiempo que reptaba entre mis piernas.

Mientras vaciaba el cargador de la «Beretta», la notaba a ella hurgando bajo el volante, arrancando cables para hacer un puente. Por lo visto, antes de ir por la calle pidiéndole libras a la gente, la chica se había ganado la vida de otras formas. No, no me interpreten mal. Tal vez trabajó de mecánico.

Tronó el motor de arranque en el mismo momento en que una bala destrozaba el parabrisas y otra se clavaba en el salpicadero, pateé yo en busca del embrague y el acelerador, pisé a Angie, pero al fin salimos disparados.

Estábamos orientados hacia el noroeste, o sea, hacia el Loch Ness. Éste, que parece un detalle tonto, adquirió gran importancia en cuanto me di cuenta de que la dirección del vehículo estaba bloqueada.

—¡Indyyy, que vamos directos hacia el corral…! —aulló Angie.

—¡Tranquila! —argumenté yo—. ¡No parece muy sólido!

Por suerte, en nuestra trayectoria rectilínea no había ninguno de los cuerpos de los animales sacrificados. Embestimos contra una de las paredes de madera del corral, la atravesamos, e hicimos lo propio con la de enfrente para salir de nuevo al exterior.

Pasamos como una exhalación entre dos Land Rover aparcados al otro lado. Estaba oscureciendo, pero no lo bastante como para que no me quedara con la jeta del tío que estaba junto a ellos. Un hombre de unos cuarenta años, con el pelo rizado e impecablemente vestido al que le faltaba el brazo derecho. Debía tratarse del jefe de los asaltantes, el que dirige la operación y se queda tranquilamente en retaguardia a esperar que le traigan el parte de novedades.

Ibamos en línea recta, desde luego. Pasando por encima de piedras, metiéndonos en baches y saliendo de ellos gracias a la extraordinaria dureza del Willy. Gallaher chillaba, pero eso ya no era ninguna novedad. Pero ahora Angie le hacía coro.

—¿Estás loco? —se preguntaba—. ¡Estás loco! —se respondía en seguida—. ¡Gira, gira! ¡Cuidado con ese árbol! ¡Cuidadooo!

Por suerte, no se trataba de un árbol muy recio. Sucumbió fácilmente a la embestida del *jeep*.

Aprovechando que ahora venía un tramo despejado de obstáculos y relativamente llano, me permití girarme hacia Angie para ponerla al corriente de la situación.

—No grites. La dirección está bloqueada. Cuestión del seguro anti-robo,
imagino.

—¡Pues frena! ¡Sigamos a pie…! —Casi al mismo tiempo se oyó el rugido de los motores de los Land Rover saliendo en nuestra persecución, y Angie cambió rápidamente de opinión—. ¡Gira bruscamente, un golpe seco al volante y se desbloqueará…!

—¡Eso, en teoría! —objeté yo.

—¿Estás majara? ¡Mira la pendiente que viene…! ¡Hazlooo!

A veces soy un chico obediente, y hago lo que me mandan aunque tenga mis dudas al respecto. Agarré fuertemente el volante y, empleando toda mi potencia, lo hice girar como ella me había indicado.

Se oyó un ¡CROCK! Espantoso y, efectivamente, la dirección se desbloqueó. Por completo.

—¡Indy, ¿se ha…?!

—¡… roto! Concluí yo. —¿Qué prefieres? ¿Morir en accidente o que te frían a tiros esos que vienen detrás?

Ascendíamos la ladera más o menos en línea recta, dando pequeños rodeos cada vez que las ruedas tropezaban con alguna piedra, lo que hacía que se corrigiese levemente su posición en el eje.

En un santiamén estuvimos en lo alto de la cima pelada, y empezamos a bajar. A fe que les estábamos sacando algo de ventaja a nuestros perseguidores, demasiado cuerdos para seguir nuestra trayectoria inalterable.

Pero teníamos otros problemas. De repente, la niebla se hizo

más densa, la sensación de humedad en el ambiente mucho más fuerte y las aguas negras del Ness aparecieron a pocos metros.

Esta vez sí que frené. En seco. Tan bruscamente que el *jeep* se encabrito como un potro indómito y nos escupió a los tres de su interior.

Yo y Gallaher fuimos a parar al agua, y Angie cayó en la orilla. Tuve que rescatar al granjero, a quien de repente parecía habérsele ocurrido que ahogarse sin resistencia sería una buena forma de expiar sus innombrables pecados.

Tirando de él, me reuní con Angie en la orilla.

—Mira esas luces… —dijo la chica señalando hacia delante.

En efecto, a unos cien metros, justo donde la orilla rectilínea del Loch Ness se permitía el lujo de una pequeña ensenada, brillaba lo que parecía un quinqué de gas, de los que usan los campistas.

Echamos a correr sin necesidad de más explicaciones.

Rugían ya, aproximándose, los motores de los Land Rover cuando llegamos al embarcadero. Porque aquello era un embarcadero. Una especie de balsa con motor flotaba sobre las aguas, amarrada. También había un pequeño hangar y una tienda de campaña.

De la tienda salió un tipo en calzoncillos y camiseta. Llevaba un quinqué en la mano. Su figura menuda y rechoncha, la enmarañada barba blanca y su aspecto desaliñado me recordaron inquietantemente a alguien. Pero no-podía precisar…

—¡Reverendo…! —dijo alucinado. Y yo recordé que seguía disfrazado de cura. Es curioso; a la que te acostumbras ya ni piensas en ello. El tipo me acercó el quinqué a la cara y rectificó al instante. Rectificó en todos los sentidos: El tratamiento y la expresión, que se le volvió furibunda—. ¡Hijo de la gran puta! —aulló—. ¡Indiana James…!

Y yo, que ya había caído, murmuré:

—Barón Pall Saratoga…

—Ah, ¿os conocéis? —se alegró Angie—. Perfecto, perfecto… Explícale que estamos en un apuro…

—¡Estamos en dos apuros! —gemí yo. Y, mientras gemía, esquivé el primer derechazo de Barón Pall.

Dioses, qué mal momento para reencontrar a aquel sujeto. Nos habíamos conocido en plena selva brasileña; él intentó

abandonarme a mi suerte llevándose a una amiga mía y yo reaccioné robándole su canoa y dejándole nadando en un río infestado de pirañas[3].

De lo poco que le había gustado quedar tan desairado, hablaban ahora sus puños. Uno dos, uno dos, machacándome a mí cuando acertaba y machacando al aire con igual rabia cuando yo conseguía esquivar sus golpes. Los míos, parecía ni notarlos.

—¿Qué, te fue bien con la chica? ¡Jodido cabrón! ¿Sabes cuánto tiempo me costó salir de esa selva de mierda llena de mosquitos? —Cualquier otra persona hubiera hablado de pirañas, anacondas, serpientes venenosas y todo eso, pero Barón Pall Saratoga era un tío duro y, como se sabe, a los tíos duros sólo les molestan los mosquitos.

Yo no decía nada. Daba y recibía, muy en mi papel de pastor de Dios en la tierra.

Juro que aquélla habría sido una pelea épica, de no haber mediado la intervención de Angie, que al ver la luz de los faros de los Land Rover decido tomar cartas en el asunto. Y lo hizo estrellándole el quinqué en la cabeza a Saratoga.

Se desplomó con un gemido, medio aturdido. Lo suficiente como para que Angie y yo nos lanzáramos sobre la balsa, arrastrando a Gallaher con nosotros.

Todo como cronometrado. No nos sobró ni un segundo.

Frenaron los *jeeps* en el embarcadero, saltaron a tierra nuestros perseguidores, y nosotros desaparecíamos de su campo visual (y de su campo de tiro, todo hay que decirlo), como tragados por la bruma y la oscuridad, flotando sobre las cenagosas aguas del Ness.

—¿… Y ahora? —dijo Angie, ya un poco relajada.

—Directos a la otra orilla. Lo bueno de este lago es que es treinta veces más largo que ancho. Como no disponen de ninguna embarcación, si quieren ir a esperarnos tendrán que rodearlo, pasando por Inverness. Para cuando lleguen, nosotros ya estaremos lejos…

—¿Seguro que no tienen embarcación? Me pareció ver una especie de hangar…

Era cierto. «No llamemos al mal tiempo», pensé.

—Un cobertizo, diría yo. Probablemente para guardar esta balsa en los días de tormenta.

Avanzábamos a ciegas, envueltos en una blanca mortaja neblinosa. El motor de la balsa apenas si producía un leve susurro.

—Oye, ¿de qué conocías a ese tío? ¿Qué hacía aquí?

Le hice un breve resumen de mi historia con Barón Pall Saratoga y, a la segunda pregunta, le contesté que ni idea. No obstante, tenía mi teoría al respecto. Y más tarde sabría que esa teoría era exacta: Debido a su fama de aventurero, Saratoga había sido contratado por una Sociedad Geográfica londinense para que intentara conseguir fotos y otras pruebas de la existencia del monstruo del lago Ness. Cuando se topó con nosotros, ya llevaba dos meses dale que te pego, montando guardia, esperando a que el bicho se dignara asomar la cabeza.

Cosa rara, durante toda esta conversación entre Angie y yo, Gallaher se mantuvo casi mudo, meditabundo y ausente. Claro que eso no podía durar mucho; de pronto llegó a alguna conclusión y volvió a las andadas:

—Sí, es culpa mía —dijo firmemente. Con toda probabilidad, había estado manteniendo todo un proceso jurídico-moral en su interior, en el que interpretaba todos los papeles, y éste era el veredicto—. ¡Todo lo ocurrido es culpa mía! —Elevó el tono de voz. Y, ya a grito pelado—: ¡Confesión, reverendo, confesión!

Por lo visto, a pesar de todo lo ocurrido, aún no se había enterado de que el hábito no hace al monje. Y nunca mejor dicho.

—¡Ya está bien, ¿no?! —Se impacientó Angie—. ¡Que se calle de una vez, que no vuelva a empezar! ¡Me está poniendo los nervios de punta…!

Yo había tenido una idea.

—Un momento —le dije a Angie, tomándola de los hombros y guiñándole el ojo—. ¿Por qué no te quedas a cargo del timón? Confesaré a Gallaher… Tal vez sus pecados tengan relación con todo lo que nos ha ocurrido…

Comprendió. Se quedó en la parte de popa y yo, en proa, me dispuse a confesar a Gallaher.

—Bien, hijo, tú dirás…

—¡Padre, me acuso de haberme aliado con el diablo!

Sonreí comprensivamente:

—Está bien, hijo Pero faltan los detalles…, tienes que darme todos los detalles…

—Soy un hombre mayor, padre, y tras de mí tengo una juventud desgraciada…

«Dioses, no», pensé con desmayo. «Ahora me soltará la historia de todas sus borracheras y farras juveniles».

—… hice mi fortuna exhibiendo públicamente a seres endemoniados. Entonces no sabía que estaban endemoniados. Ahora lo veo claro.

—¿Exhibiendo a seres endemoniados? —repetí atónito. A ver si iba a resultar que deliraba.

—Tenía una barraca de feria. El «Gallaher's Monsters *Show*». Iba por los pueblos, exponiendo a los engendros de Satanás a la curiosidad malsana de la gente. La mujer barbuda. El hombre elefante. Míster Pulga. El hombre de goma…

«… Y luego vinieron los cerdos con tres cabezas, y el niño sin brazos y con tres piernas», completé yo con un escalofrío. Después de todo, su delirio se atenía a una cierta lógica.

Gallaher continuaba:

—Cuando empezaron a nacer animales deformes, Rawlins, el mozo de cuadra que tenía entonces, medio me convenció de que todo se debía a algún problema de contaminación. Pero Satanás quería que supiera. Y me envió al espectro de Duffy.

Eso era nuevo. A Duffy no le conocía:

—¿Duffy?

—Era uno de los enanos de la barraca. Míster Pulga. Su espectro empezó a rondar la granja por las noches. De repente se oían risas siniestras, y yo me asomaba a la ventana, y allí estaba él, mirándome en silencio. Llamaba a mi mujer, o a Rawlins, para que también pudieran verle, pero Duffy se escondía de ellos, porque era yo el que había pecado y era a mí a quien correspondía purgar penitencia…

Recordé algo que me había dicho Wells:

—Pero Rawlins se ahorcó.

—Debió verle al final. Debió comprender el horror al que por mi culpa también él estaba condenado —sollozó el hombre.

—Indy… —nos interrumpió Angie desde el timón. Su voz sonaba aprensiva—: ¿No notas nada?

—¿A qué te refieres…?

—Una especie de… vibración en el agua.

Tenía razón. El agua se estremecía levemente alrededor de la balsa. Me pareció oír un zumbido apagado.

—Debe ser el motor —dije, no muy seguro.

—Antes no lo hacía —insistió Angie.

—Se habrá aflojado algún tornillo. Alguna pieza que raspa contra la bobina. —Y, a Gallaher, retomando el hilo de nuestra conversación—: ¿No se te ha ocurrido pensar que podía tratarse de Duffy en persona, del enano en carne y hueso, y no de su espectro?

—No, no… Cuando decidí establecerme como granjero, hace diez años, vendí la barraca a un francés, Jean-Pierre Lafauche, que desde entonces la ha llevado con su circo, el París-Hollywood, no sé si lo habrá oído nombrar. Pues bien, en la época de las apariciones, me preocupé por enterarme de dónde estaba el circo. Y estaba en México, reverendo. Y Duffy formaba parte del *show*.

Tenía muchas otras cosas que preguntarle todavía. Pero no hubo ocasión, porque, de pronto, las oscuras aguas del Loch Ness empezaron a agitarse alrededor de la balsa, con una intensidad que ninguna «vibración» del motor podía justificar.

—Indy, nos sigue algo —gimió Angie. Y con desmayo—: Por debajo del agua…

—¡El monstruo, reverendo! —aulló Gallaher, que estaba a la que saltaba, con el ánimo proclive a interpretar cualquier hecho como una prueba de sus delirios—: ¡Satanás me envía al monstruo del lago para que expíe mis pecados!

La balsa empezó a dar bandazos. Tuve que agarrarme al mástil central para no salir despedido. Angie se sujetaba al timón. Y las aguas se encabritaban, y de pronto había muchas olas, y a nuestro alrededor no se veía más que la negrura de las aguas y la palidez ciega de la bruma…

—¡Absolución, padre, absolución! —gimió Gallaher aterrado.

Estaba en la parte de proa, sin sujetarse a ninguna parte. Yo levanté un brazo, lo tendí hacia él para agarrarle. Debió interpretar que el reverendo Bukowski le estaba absolviendo y ya no le importó morir.

Nunca sabré si cayó o se tiró. El caso es que desapareció en un instante. Un breve chapoteo, un grito de Angie, yo, que traté de agarrarle, y Gallaher que se hundió sin resistencia, como escapando

de la vida por voluntad propia.

Y, mientras todo esto sucedía, las olas se calmaron un poco, porque lo que nos seguía ya había pasado por debajo de la balsa, y ahora lo debíamos tener delante, a unos doce metros.

—¡Indyyyyy! —chilló Angie—. *¡Indy, no es posible, no puede ser verdad!*

Se abrían las aguas ante nosotros, estallaba la superficie del Ness dejando paso a una mole oscura y poderosa, apenas entrevista en la niebla…

—¡Es el monstruo! —gimió la chica—. ¡El monstruo del Loch Ness!

CAPÍTULO IV

La cosa salió totalmente a flote y pudimos entreverla de proa a popa. No era el monstruo mitológico del Ness. Se trataba de otra clase de monstruo, uno de hierro y metal. Un submarino de bolsillo.

—¡Dioses…! —gemí yo—. ¡Eso era lo que Saratoga guardaba en el hangar! ¡Buscaba al monstruo incluso bajo el agua!

Y tenía lógica: Barón Pall no era de los que hacen las cosas a medias. Imaginé a nuestros perseguidores llegando al embarcadero y a Barón Pall, por las buenas o por las malas (muy probablemente por las buenas) prestándoles el submarino para proseguir la caza.

—Se prepara para embestirnos… —gimió Angie.

Era cierto. El submarino permanecía inmóvil, como preparando la acometida. De pronto, una de sus dos escotillas se abrió y la luz de un potente foco nos buscó entre la bruma.

Y nos encontró.

—¡Agárrale donde puedas! —grité con toda la urgencia del mundo, porque el submarino ya tomaba carrerilla.

Dioses, hubiera preferido al monstruo. Por lo menos, con éste habría cabido la posibilidad de que fuera un bicho inofensivo y vegetariano, asomando a la superficie para ver de cerca a los monstruos humanos que normalmente le contemplaban y le sacaban fotos desde las orillas.

La luz del foco me cegó durante unos segundos. Me agarré al timón, intentando maniobrar con lo inmaniobrable, pues el oleaje producido por el submarino abortaba cualquier intento de dominar la balsa.

Embistió el submarino, saltó la balsa sobre el agua bajo el empuje de su quilla y quedó partida lateralmente en dos.

Popa y proa. Indy y Angie.

—¡Indyyyyy! —Estaba agarrada al mástil de la balsa, alejándose por momentos.

—¡Quédate ahí! ¡Tal vez pueda hacer algo! ¡Es un submarino «X»!

No sé si me oyó. De todas formas, dudo mucho de que pudiera comprender lo que le decía.

Me lancé al agua, saliendo al encuentro de la máquina que viraba para embestir de nuevo.

Un «X»… Quince metros de eslora por apenas dos de manga, todo ello en forma de supositorio gigante y sin la más mínima concesión a la estética. Masa amorfa de hierro propulsada por un motor de autobús; reliquia histórica construida cuatro décadas atrás en poco más de quince días.

Los «X» datan de 1942, de la segunda guerra mundial. Fueron construidos deprisa y corriendo por la Vickers-Amstrong Ltd., por encargo del Almirantazgo Británico, con el único objetivo de hundir con ellos al portaaviones alemán Tirpitz, también conocido como «La Solitaria Reina del Norte», terror y espanto de toda la ilota aliada…

Aprovechando el giro, conseguí agarrarme a un lateral, por detrás de la escotilla de popa. El tío del foco sólo podía ver lo que el foco alumbraba, en aquellos momentos, la mitad de la balsa de Angie. Conseguí montarme a horcajadas sobre el casco…

… Los «X» eran así de pequeños y así de burdos, porque lo único que realmente importaba en ellos era su tamaño. Los alemanes habían fondeado el Tirpitz en el puerto noruego de Káftjord, protegido por cosías escarpadas y por un amplio perímetro de redes que iban desde la superficie hasta el fondo del mar, y cuya estrecha malla no permitiría el paso de submarinos de tamaño convencional. Los «X» representaron la improvisada respuesta británica a esta precaución. Improvisada hasta el extremo de que las dos escotillas no disponían de sistema automático de cierre…

A traición, con nocturnidad, alevosía y entre la bruma (y sin importarme lo más mínimo todos estos agravantes), agarré por el cuello al del foco, e hice lo que pude por estrangularle rápidamente.

El tipo se revolvió e intentó aplastarme el foco contra las narices. Falló. Cayó al agua, y proseguimos con lo nuestro a oscuras.

Yo no estaba para sutilezas. En un momento dado, cuando uno de sus golpes me mandó para atrás y estuvo a punto de devolverme al agua, el tipo intentó cerrar la escotilla. Eso sí que no me lo podía permitir. Si lo conseguía, el submarino se sumergiría y adiós muy buenas.

Pero ya les he dicho que no es fácil cerrar una escotilla de un submarino de bolsillo «X». Pude reptar sobre la superficie resbaladiza del supositorio gigante y me dio tiempo a agarrar la tapa antes de que el otro consiguiera su objetivo.

El que tiraba hacia dentro, yo que tiraba hacia fuera y, de pronto, la escotilla que cedió. Asomó de nuevo el tipo.

Perfecto. Agarré la tapa metálica y se la abollé contra la cabeza.

¡BLACCCC!

No cayó desmayado al interior del submarino porque eso era imposible. El interior de un «X» es tan pequeño que los tripulantes tienen que permanecer agachados o sentados todo el rato, comprimidos entre tubos, maquinaria, depósitos, motores y aparatos de control. Ideal para claustrofóbicos.

En otras palabras: Se quedó de pie, encajonado en la escotilla a la altura de los hombros. Obstáculo imprevisto, impidiéndome colarme por el agujero para ir a presentarles mis respetos a los de dentro.

A todo esto, los de dentro habían calibrado la situación y habían llegado a conclusiones prácticas. No podían sumergirse (de hacerlo, el submarino se inundaría y se iría a pique), pero sí podían acelerar.

A cien por hora por la superficie, y haciendo eses.

Yo ya me agarraba, ya, pero el casco resbaladizo del submarino parecía empeñado en escupirme, en deshacerse de mí, como si yo fuera un molesto parásito de esos que pican.

Más difícil todavía: Agarrándome con una sola mano a la tapa de fe escotilla, empecé a hacer fuerza con el otro brazo, tirando del obstáculo desvanecido y encajonado.

Nada. Ni se movía. Quizá los de dentro le estaban sujetando por las piernas, vaya usted a saber.

Hice más fuerza.

… Y de pronto, el tío salió como el tapón de una botella de cava.

Desapareció el cuerpo en la tétrica inmensidad del lago y un par de brazos emergieron del interior, las manes buscando

desesperadamente la tapa de la escotilla. Comprendí que me habían ayudado a deshacerme del inerte obstáculo, aunque por sus propios motivos.

¿He dicho que no estaba para sutilezas?

Pues bien, ante la posibilidad de una pelea absurda como la que acababa de mantener, preferí no esperar más y me tiré de cabeza por el agujero.

Si los «X» (el
«X-5»,
el
«X-6»
y el
«X-7»,
para ser rigurosos) habían conseguido colarse por la red del puerto de Káftjord y destruir al Tirpitz en un ataque kamikaze, ahora yo me colaba en un «X» en una acción no menos desesperada.

De cabeza me había tirado y de cabeza caí en ese sitio pequeño, atestado de cosas del que ya he hablado. Así, como de pasada, conté dos ocupantes: El que sacaba las manos, que rodaba por el suelo por efecto de mi entrada avasalladora y Barón Pull Saratoga, que estaba a los mandos.

—¡Realmente, es un placer volverte a ver! —gritó entusiasmado. Y le creí. Se moría de ganas de acabar de una vez lo que habíamos empezado en el Brasil y proseguido en el embarcadero.

Yo agarré la cabeza del otro ocupante y se la machaqué contra una rejilla metálica (creo que era el purificador de aire). Saltó la rejilla y el tipo se quedó, sangrante, asomado al compartimento del motor diesel, en la parte trasera.

Barón Pull no intervino hasta que hube solucionado este problema. Lo nuestro era un asunto personal, y estaba completamente seguro de que podría solucionarlo a su entera satisfacción.

—Bien, Indiana…

—Bien, *Saratoga*…

Dioses, estábamos los dos agachados en el reducidísimo espacio, como dos búfalos dispuestos a embestirse mutuamente para dilucidar la jefatura de la manada.

Embestimos.

Ni siquiera había espacio para echar atrás los brazos, tomando impulso para el golpe. Nos agarramos el uno al otro y empezamos a machacarnos mutuamente con golpes cortos, arañazos, mordiscos y rodillazos. Todo valía.

En honor a la verdad debo decir que fue una lucha muy igualada. El me empujó contra la puerta del vecino compartimento estanco; yo reboté y le empujé hacia el otro lado y cayó sobre el panel de mandos.

—¡Maldita sea…! —gimió—. ¡La escotilla, la escotillaaa!

Ya era tarde. El submarino perdía la horizontalidad y apuntaba con su proa hacia el cenagoso fondo del lago. Empezamos a sumergirnos sin remedio. El agua entraba a chorros por la escotilla de popa. Con una presión violenta, golpeándonos.

El agua hasta los pies. Chispazos del sistema eléctrico, humo, el agua que seguía cayendo…

Saratoga empezó a golpearme desesperadamente, casi a ciegas bajo la ducha helada. Ya no quería hacerme daño. Sólo pretendía pasar por encima de mí y alcanzar la puerta del compartimiento estanco, que estaba a mis espaldas.

—¡Aparta, maldita sea, aparta, mamón de mierda!

El agua hasta la cintura.

Yo ni dejaba pasar, ni podía abrir la puerta para colarme en el compartimiento estanco y salir por la escotilla de proa, la que utilizaban los hombres-rana. Saratoga me lo impedía a la vez que yo se lo impedía a él. Estábamos enzarzados en una pelea tan estúpida como suicida.

El agua hasta el cuello.

Los oídos me zumbaban enloquecidos, no quería ni pensar en la profundidad que habríamos alcanzado. El submarino se hundía vertiginosamente en busca del fondo del Ness.

Y nosotros con él.

Capítulo V

—¿Hace un trato? —le pregunté desesperado a Saratoga—. ¡Salimos los dos y arreglamos lo nuestro en tierra firme!

—¡Salgo yo y tú te pudres aquí dentro! —gritó él—. ¡Ése es mi único trato!

Con gente así no se puede ir a ninguna parte, y mucho menos al fondo de un lago.

En un parpadeo el agua llegó hasta el techo y ya no hubo más posibilidad de diálogo. Encajonados en el ataúd de tres plazas, seguíamos abrazados el uno al otro, enzarzados en la danza de la muerte. Si no recuerdo mal, en aquellos momentos yo le castigaba obsesivamente el hígado y él me machacaba el estómago a rodillazos.

Ya no era necesario alcanzar el compartimiento estanco para salir por la escotilla de proa; la presión del agua nos impediría abrir la puerta. En cambio, inundado completamente nuestro compartimento, resultaba factible escapar por la de popa, la que teníamos virtualmente al alcance de la mano.

Ahora las cosas sucedían a cámara lenta.

Ambos palpábamos el techo, en busca del borde de la escotilla. Completamente a ciegas, di con algo que se movía. El extremo inferior del periscopio, pieza móvil que sube o baja según la dirección en que se la empuje.

Dioses, y estaba justo sobre la cabeza de mi enemigo.

Agarrándolo con las dos manos, sin cubrirme y dejando que me golpeara a placer, agarré la pieza y tiré bruscamente hacia abajo.

¡DONCKKK!

Bajo el agua, cráneo y metal emitieron un sonido a tañido lejano. Tañido de campanas fúnebres anunciando que gracias al

periscopio, Baron Pull Saratoga obtenía una inesperada visión de todas las estrellas del firmamento.

De inmediato, dejó de ser un estorbo activo para convertirse en otro pasivo, una masa grasienta y molesta. Le empujé con las rodillas, apartándolo.

En mis pulmones ardían todos los fuegos del infierno.

Manos en la escotilla. Impulso hacia arriba. Un pensamiento aterrador: «No llegarás arriba. Esta vez no lo conseguirás. Demasiada suerte has tenido hasta hoy…».

Bueno, se me ha perdido la cuenta de las veces que me he visto en la misma situación, perdido en las profundidades de algún proceloso océano e iniciando esa curiosa carrera contra reloj con la vida como apuesta[4]. Ahora estaba en un lago. La única diferencia estriba en el gusto del agua. La del mar sabe salada. La del Loch Ness a algas, barro y excrementos de monstruo.

Subes, subes, subes, convencido de que te van a faltar unos metros, centímetros incluso…

… Y te abrasan los pulmones cuando alcanzas lo inalcanzable. El aire te sabe a fuego, pero éste es un fuego diferente, embriagador, el fuego de la vida.

Y te pones a nadar contento como unas pascuas, convencido de que ya has hecho lo más difícil y de que el resto es puro trámite. Y, al cabo de un rato, caes en la cuenta de que a tu alrededor todo es bruma y negrura, de que has perdido el sentido de la orientación, y piensas que todo lo que has subido lo bajarás de nuevo, y muy pronto.

—¡Angie! —grité—. ¡Angie!

En fin, no voy a abrumarles pormenorizando todas las veces que grité el nombre de la chica. Desde la primera a la última pasó casi una hora y, justo premio a semejante derroche acústico, acabé obteniendo una respuesta orientadora y encorajinadora.

Nadé hasta su trozo de balsa. Me ayudó a subir.

—¿… Y el submarino?

—Por ahí abajo —contesté. Creo que estaba un poco histérico—: Era un «X», una reliquia, seguramente uno de los prototipos que se probaron en Loch Cairbawn y Loch Striven, muy cerca de aquí. Saratoga debió conseguirlo en una subasta del ejército…

A ella se le notaba que me había creído muerto y ahora se

alegraba infinito de verme.

—Está bien, está bien… ¿Aprovechamos que estamos solos para solucionar lo nuestro? —Y me abrazaba y me besaba, y de ahí pretendía pasar a otras intimidades más serias.

Me la saqué de encima como buenamente pude.

—Aún no estamos a salvo. Y aún me debes las dos libras —jadeé—. Me pregunto cómo alcanzaremos la orilla sin motor.

Pero la alcanzamos. Con el mástil como remo y con (todo hay que decirlo) una suerte infinita.

Caminata hasta la cercana carretera, un camionero frenando en seco ante la visión del «Reverendo y Empapado Padre Bukowski» haciendo autostop en compañía de una jovencita descocada y mal hablada y ya estuvimos en la civilización, esto es, de regreso a Inverness.

De Inverness a Edimburgo en el primer tren, por aquello de despistar a nuestros perseguidores. Que algunos debían quedar, si en el lago sólo se habían ahogado dos, aparte de Saratoga. Y, en cuanto a éste, ignoraba si había podido salir a tiempo del submarino.

Descansamos doce horas en un hotel de Edimburgo, inscritos bajo nombres falsos. En camas separadas, a pesar del empeño de Angie, que había conseguido que alguien le diera dos libras y pretendía arreglar lo nuestro uniendo el placer al descanso.

—Me debes más de dos. Me debes ésas, y cincuenta más que te presté en Glasgow, y todo lo que he gastado en trenes y alquilando el *jeep* —argumenté.

Ella calculaba:

—¿A cuánto sube todo? Dame una cifra.

—Doscientas… de momento.

—¿No fías?

—No.

—Pero ¿qué pasa? —Se impacientó—. ¿Es que no te gusto? ¡Muchos hombres pagarían esas doscientas libras por acostarse conmigo! Y, pensándolo bien… ¡Ahora mismo me voy a una esquina y me consigo un cliente para poder pagar tu asquerosa tarifa!

No la dejé salir. Dioses, era una cría y hubiera acabado en la cárcel del condado por perversión de mayores.

—Mañana por la noche hablaremos de lo nuestro —le prometí solemnemente. Y, para mí, agregué: «Para entonces ya te habré dado el esquinazo».

Tenía problemas urgentes que solucionar. Muertos todos los Gallaher y en paradero desconocido Wells, sólo quedaba un hilo del que tirar para intentar llegar al final de aquel asunto: Duffy, el enano de feria de quien me había hablado Stephen Gallaher antes de morir.

Con varias llamadas a varios amigos, y después de una exhaustiva investigación, averigüé dónde se hallaba en aquel momento el circo de Jean-Pierre Lafauche: En Saint-Martin-des-Eglisses, un pueblo francés al sur de París, en la región de La Beauce, famosa por ser la reserva de trigo y demás cereales de la nación gala.

—¿Así que vamos a seguir con la aventura en Francia? —Se ilusionaba Angie al día siguiente, sentada a mi lado en el coche alquilado en el que nos dirigíamos hacia el aeropuerto de Glasgow.

—Así es —le decía yo, magnánimo—. Puedes acompañarme. Si te atreves, claro…

—¡Ni loca me lo perdería! Si no me hubieras dejado, te habría seguido a cualquier precio…

—No es necesario. Puedes serme útil. De no ser por ti, que te quedaste esperándome en la balsa, me habría ahogado en el Ness.

Y ella, emocionada:

—Oh, no tiene mucho mérito. Hice lo que pude.

En Harthill, pequeño pueblo, núcleo de civilización apenas insinuado en torno a la carretera, paré un momento.

—¿Podrías bajar a por tabaco?

—Ah, ¿pero tú fumas?

—Muy de vez en cuando —le di un billete de cincuenta libras—. Dos paquetes. No tengo cambio.

Bajó y entró confiadamente en la tienda. Santo cielo, pensé yo, un truco tan viejo…

Puse la primera, di gas a fondo y en un momento estuve lejos de ella. Por fin conseguía deshacerme del trozo de esparadrapo que se me había pegado en, Londres.

Mentiría si dijera que no me sentía muy satisfecho de mí mismo. Bloqueada en Harthill, con cincuenta libras que le servirían para

volver a Londres, no tenía ninguna posibilidad de atraparme antes de que yo partiera en avión hacia París.

Lejos ya de la amenaza y la tentación que suponía aquella menor de edad, pude concentrarme en el problema.

De todo lo ocurrido, lo que más me intrigaba era la figura de Jerry Wells. El enigmático mozo de cuadra que sabía latín y criaba cuervos asesinos como quien cría palomas en su palomar.

¿Qué había sido de él? ¿Había logrado escapar? ¿Le habrían cogido? ¿Le habrían matado?

Preguntas que yo me hacía con un afán meramente especulativo, pero concediéndole por intuición un papel muy importante en el enigma a sus respuestas.

En cuanto a lo sucedido en la granja, prefería no hacer especulaciones. Aún tenía clavada en la retina la imagen del hijo de Marion Gallaher, y me bastaba con pensar en eso si me apetecía sentir un escalofrío.

Satanás, había argumentado Gallaher. Pero, por más que el Vaticano insistiera en ordenar exorcistas de nuevo cuño, yo no podía creerlo.

Pasado Ballshill, pueblo aún más minúsculo que Harthill, a un tiro de piedra del barrio prefabricado de West Kilbride, en el término municipal de Glasgow, un sonido particularmente estridente vino a poner fin a mis meditaciones. Mi mente tuvo que dejar a un lado las preguntas abstrusas para hacer sitio a una nueva preocupación.

Me seguía un coche de policía.

De inmediato, le eché el ojo al velocímetro y comprobé que iba al límite de la velocidad máxima autorizada, pero sin sobrepasarla. Suspiro de alivio. Debía ir a por otro. El carcamal que me había adelantado unos segundos antes, por ejemplo.

Educadamente, reduje velocidad y me hice a un lado para que el digno representante de la ley pudiera ganarse su comisión de cada día.

El coche de policía se cruzó inesperadamente ante el mío. Frené en seco, pura acción de reflejos, y también el mío quedó cruzado.

Salté a tierra, tomando aire para gritar e insultar al psicópata uniformado, pero, ante lo que vi, no tuve más remedio que deshincharme de inmediato, soltando todo el aire de golpe y de una

sola boqueada.

El policía se había bajado del coche y me apuntaba con su revólver. Y, junto a él, se encontraba Angie, con el pelo revuelto y toda la ropa sucia de tierra, como si se hubiera revolcado a gusto por la cuneta.

—¡Es él! —acusó señalándome tan hieráticamente como la estatua de Colón al continente americano.

El policía era gordo y desastrado, ejemplar alimentado con patatas y productos farináceos en grandes cantidades.

—Las manos contra el coche, amigo. Ya tenía yo ganas de echarle el guante. Muy divertido, eso de jugar con chiquillas, ¿eh?

—Pero… —farfullé yo. Hay ocasiones en que sólo se te ocurre la palabra «pero». Y cuando eso ocurre, mala señal.

—¡A callar, cerdo pederasta! ¡Las manos contra el capó!

Obedecí. Qué remedio.

—De modo que la recogiste en auto-*stop*, y le hiciste tus nauseabundas proposiciones y, como ella no se avenía, la violaste a lo bestia. Bien, bien…

—¡Eso es falso! —protesté—. ¡Deje que le explique…!

—Claro —oí la voz de Angie con todo el retintín del mundo—, ¿qué va a decir? Nunca confiesan… a menos que se les anime con unos buenos tortazos en la comisaría…

—¡Angie, por el amor de Dios…! —chillé yo, suplicando indignamente.

—Lo siento, tío, pero lo tuyo no tiene perdón. Tú te lo has buscado. Así te capen.

—Modere su lenguaje, señorita… —recomendó el policía grasiento, que usaba un estremecido tono paternal para dirigirse a la «violada»—. Si mi hija, de su misma edad, se atreviera a usar esas palabrotas, la haría callar con un buen sopapo, ¿sabe?

—¿Sí? Pues preste atención a esto.

Intuí un rápido movimiento, me volví y… dioses, lo hice justo a tiempo para ver a Angie pegándole un contundente puñetazo en la barbilla al representante de la ley.

Se tambaleó el policía, cogido por sorpresa y la guardia baja, circunstancia que aprovechó Angie de inmediato para empujarle hacia la cuneta. Asistí al espectáculo de ver cómo ciento veinte kilos de autoridad rodaban incontrolados por un terraplén de seis metros.

—¡Bueno, no pongas esa cara! —me urgió Angie—. ¡Vámonos antes de que se recupere!

—¿Estás loca? ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Claro. Ahora la poli nos buscará a los dos por agresión a la autoridad, burla a la ley y seis o siete cosas más. Por lo tanto, no tenemos más remedio que partir de inmediato, los dos, hacia el extranjero… Francia estará bien —y sonreía con todo el desparpajo del mundo.

Yo miré hacia abajo. El policía rebullía y murmuraba promesas de aplicar la más severa justicia de inmediato en lo más hondo del terraplén.

Y yo (qué remedio) dije:

—¡Está bien! ¡Sube al coche!

Salimos disparados hacia Glasgow. Dos millas más adelante, Angie dijo:

—No nos perseguirá, porque le he quitado las llaves del coche patrulla.

—¡Radiará un mensaje…! —grité yo.

—Qué va. También le he roto la radio…, Palidecí. Ya me parecía estar viendo a un juez repitiendo en un tribunal los mismos cargos.

Y, seis millas más adelante, Angie completó:

—Por cierto, también le he robado doscientas libras que llevaba. ¡Al fin podré pagarte!

Yo no dije nada. Pero cuando subimos al avión sin que nadie nos pusiera una mano en el hombro y murmurara acompáñenos, por favor…, y cuando el avión partió sin demora hacia París, no tuve el menor reparo en poner a Angie sobre mis rodillas y, delante de todos los pasajeros del clase turística, darle la zurra que se había ganado a pulso.

CAPÍTULO VI

Cuando llegamos al descampado próximo a Saint-Martin-des-Eglisses donde estaba instalado el circo «París-Hollywood», era mediodía y el sol brillaba rabioso sobre los trigales dela región.

A esa hora, apenas si había actividad en torno al circo. Un par de empleados sesteaban entre las *roulottes*, y tanto la carpa del circo como la adjunta Barraca de los Monstruos estaban cerrados al público. Tampoco había público potencial a la vista, por otra parte.

La Barraca de los Monstruos fue un invento de un célebre charlatán americano, Phyleas Taylor Barnum, que en el siglo diecinueve se hizo millonario y célebre a costa de exhibir a personas deformes en su circo ambulante. El los llamaba «monstruos», pero eran personas. Errores de la naturaleza, seres desgraciados en la lotería del nacimiento, condenados a vivir precisamente a costa de la diferencia que los marcaba.

Barnum exhibía, por ejemplo, a Jonathan Bass, el hombre todo hueso, afectado de una extraña enfermedad que le endurecía cartílagos y músculos. Cuando murió, Barnum hizo correr el bulo de que el cadáver se había petrificado.

También tenía a Charles Tripp, nacido sin brazos, al que presentaba en compañía de Eli Bowen, carente de piernas. Número obligado del *show* era el «paseo en tándem», el uno al manillar y la otra a los pedales… El punto culminante de todas estas bromas macabras lo constituía el caso de Violette, agraciada muchacha carente de brazos y piernas, expuesta, dentro de un enorme florero, a la curiosidad del público.

Y el público pagaba y se divertía viéndolo, eso era lo peor de todo.

Desde Barnum, y a pesar de ser éste un negocio en declive (para

algo están la televisión y la prensa amarilla), el repertorio no ha variado mucho. Un cartel frente a la barraca del «París-Hollvwood», anunciaba siete «atracciones»: El Hombre Elefante, La Increíble Mujer Barbuda, La Bestia Humana, El Gnomo Malévolo, El Hombre de Goma, La Mujer Serpiente y el Hombre Impasible. Especificando, con respecto a este último: «Jamás se ríe, por más que usted lo intente.
10 000
francos de recompensa a quien lo consiga».

—¡Le contaré el chiste de la viuda y el orangután! —saltó Angie al leer el reclamo—. Ya que te empeñas en no aceptar la pasta del poli, podré pagar tu tarifa con la recompensa…

—No creo que consigas nada con tú chiste. Nadie lo consiguió con «La Triste Susana» del circo Barnum.

—¡Bah, en esa época la gente debía ser muy sosa…!

—Puede. Pero Barnum tampoco se arriesgaba mucho. Susana tenía el rostro completamente paralizado…

Se oía un rumor de conversaciones y platos en el interior de la barraca. Los «monstruos» comían allí dentro, protegiéndose bajo la lona de los rigores del sol.

—¿Crees que encontraremos a ese Duffy? —preguntó Angie, cambiando de tema.

—Tal vez. Puede que sea El Gnomo Malévolo. Pronto lo sabremos.

Entramos.

Uno ya va mentalmente preparado cuando entra en un lugar como éste. No obstante, Angie no pudo evitar un respingo, ni yo un cierto estremecimiento cuando les vimos.

Estaban comiendo alrededor de una mesa improvisada sobre caballetes. Faltaban dos; sólo conté cinco, pero eran más que suficientes. Formaban el grupo más increíble que he visto en mi vida.

—¿Se puede saber qué buscan? —nos increpó al vernos el Hombre de Goma, a quien los miembros le colgaban fláccidos y se le doblaban en ángulos imposibles.

Yo no podía recriminarles su actitud hosca y la poca amabilidad del recibimiento. Eran personas a quienes la vida había puesto a la defensiva.

Localicé entre ellos al Gnomo Malévolo, un enano viejo y arrugado con los ojos rasgados.

—¿Duffy? —pregunté.

Nos miró con toda la desconfianza del mundo. Capté un movimiento general de alerta, miradas que se cruzaban, músculos que se ponían en tensión…

—Sí, soy Duffy —admitió el enano—. ¿Nos conocemos?

—Tenemos un amigo común. Un tal Gallaher. —Y apenas lo hube dicho, comprendí que había metido la pata. Lo comprendí, porque de inmediato, como si hubiera sonado una sirena, como si el nombre de Gallaher fuera una contraseña y una consigna para ellos, se levantaron y se echaron materialmente sobre nosotros.

Empujé a Angie al exterior:

—¡Fuera, fueraaa!

Pero ya era tarde. El Hombre Elefante la sujetó, y ella chillaba aterrorizada, porque, si bien el tipo no era más que una víctima de una rara enfermedad, la «elefantíasis», esa enfermedad le había hecho crecer desmesuradamente los huesos de la cabeza, le había hinchado la cara estirándole la piel hasta borrarle casi completamente las facciones.

Yo no podía ayudarla. Bastante trabajo tenía.

La Bestia Humana, mole impresionante de descomunales mandíbulas y salvaje pelo que le crecía a partir de las cejas, lanzaba sus puños hacía mí, sin preocuparse mucho de precisar sus golpes torpes y mal coordinados, a sabiendas de que bastaría con que me alcanzara una vez para que el combate finalizara por K. O. fulminante.

Yo hacía fintas, esquivando, dificultados mis movimientos por el hecho de tener a Duffy abrazado a una de mis piernas, mordiéndome, y al Hombre de Goma, saltando enloquecidamente a mi alrededor, apareciendo y desapareciendo sobre las manos y los pies a derecha e izquierda, y obsequiándome en cada viaje con algún tortazo tan inconsistente como molesto.

—¡Eh! —grité yo—. ¡Que no he venido a buscar pelea!

El puño de La Bestia Humana me rozó el pelo. Gritó, abajo, el enano:

—¡Claro que no! ¡Sólo has venido a matarme!

Incomprensible (para mí) error de apreciación de Duffy,

equívoco imposible de aclarar en el fragor histérico de la pelea.

Nuevo puñetazo fallido de La Bestia, nuevo salto del Hombre de Goma, pasando por encima de mi cabeza.

Se me dispararon los reflejos, alcé los brazos y le cacé al vuelo.

Gritó.

La Bestia dudó un instante, temiendo que su próximo golpe alcanzara a su amigo, y yo aproveché esa indecisión para lanzarlo contra su cuerpo.

Trastabilló hacia atrás la Bestia Humana, rebotó contra su cuerpo el otro y yo, mientras, me deshacía del enano tirándole salvajemente del pelo primero e impulsándolo con mi pierna contra sus compañeros después.

A todo esto, Angie había decidido tomar ejemplo de Duffy y clavaba sus dientes en la muñeca del Hombre Elefante. El abrazo se aflojó un momento, saltó hacia delante ella…

Yo ya corría. Atrapé su mano al vuelo, tiré de ella sin ninguna consideración (ni falta que hacía) hacia el exterior de la barraca.

—¡Tú, que nos siguen…! —chilló, mirando hacia atrás.

Apreciación correcta. Venían, los cuatro y la mujer barbuda, en nuestra persecución, a toda velocidad.

Lo lógico por nuestra parte hubiera sido correr hacia las *roulottes* del circo, gritar pidiendo ayuda, esperar que, como mínimo por aquello de no darle mala fama al circo, el propietario detuviera la fiesta usando de su autoridad.

Pero nosotros hicimos lo ilógico: Correr hacia campo abierto, huir por reflejo hacia donde primero se nos ocurrió.

Enervante carrera aquélla, en la que ni ganábamos ni perdíamos metros. Siempre los teníamos a la misma distancia. El hombre elefante y el enano se habían retrasado un poco, pero los otros tres mantenían el tipo. La Bestia Humana se movía lentamente, pero como compensación, avanzaba tres metros en cada zancada.

—¡Indy…! —gritó Angie, empeñada en hurgar a ciegas en su bolso mientras corría.

—¡Calla, no malgastes el aliento!

—Es que… —Encontró al fin lo que buscaba—. ¡Tengo una pistola!

—*¿Quéee?*

El Hombre de Goma había sprintado, dando pruebas fehacientes

de su extraordinaria agilidad. Giré el cuerpo y le mandé hacia atrás de un puñetazo, sin dejar de correr.

Habíamos llegado a un campo de trigo, una extensión dorada y cegadora que se perdía en el horizonte. Abríamos un sendero a nuestro paso entre las espigas.

—¡Pensé que podríamos necesitarla! —jadeó la chica. Y me entregó el arma, que en aquellos momentos valía su peso en platino y brillantes.

Me paré en seco. Media vuelta.

También se pararon los otros al ver el arma. Pero a mí no me bastaba con eso; quería verles correr de vuelta al circo. Disparé tres veces al aire, por encima de sus cabezas. Eso siempre produce un fuerte impacto psicológico: De inmediato se echaron al suelo.

Yo también sufrí un nada despreciable impacto psicológico al oír el click con el que la recámara respondió a la cuarta presión del gatillo.

Pero no importaba demasiado: Ya les habíamos asustado.

—¡Vamos, alejémonos!

Angie me miraba con cara de duda:

—¿No te enfadas por lo de la pistola?

—¡Claro que no! —¿Cómo iba a enfadarme si gracias a ella había salvado el pellejo?

—Ah, bueno —aliviada—. Se la quité a un gendarme en el aeropuerto de Orly, ¿sabes? Estaba distraído, la había dejado sobre una mesa mientras tomaba café en el bar… ¿Te acuerdas de que te hice salir deprisa y corriendo de la terminal alegando que no podía esperar un segundo a ver la torre Eiffel?

Se me puso la carne de gallina. Dioses, con aquella chica al lado el mundo sería pronto un lugar pequeño para mí. No habría ningún idioma en el que no tuviera redactada la correspondiente ficha policial.

Corrimos un rato más, y luego nos detuvimos. Mirada atrás y alrededor: Ni rastro de los de la barraca. Regresamos, cruzando el campo en diagonal, hacia un camino que lo bordeaba.

Yo le iba contando a Angie que no está bien eso de ir por ahí noqueando a policías escoceses y robándoles las pistolas a honrados gendarmes, y ella se ponía muy seria y me decía que sí a todo, que tenía razón, pero que ahora le debía la vida y que, si valoraba mi

vida en, pongamos, doscientas libras, ya podíamos ir pensando en lo que haríamos por la noche.

Y, de pronto, una cosechadora de trigo apareció en la distancia. Cosa normal, teniendo en cuenta la época y el lugar.

Cosa normal y signo de mal augurio, teniendo en cuenta que avanzaba a toda pastilla, abriendo un surco errático entre las espigas, y que venía directamente hacia nosotros.

Sobre ella, invisibles sus rasgos a contraluz del intenso sol reflejado en las espigas, siete siluetas deformes. Cinco más dos, el *show* de los monstruos al completo y sobre ruedas.

—¡Corre, Angie! ¡En zigzag!

Espigas por todas partes, vértigo de horizontalidad, ausencia total de obstáculos tras los que parapetarse, desesperación al oír acercarse al monstruo de aceradas cuchillas, cuatro veces más rápido que nosotros…

Me volví, les mostré de nuevo la pistola, hice como que disparaba y, evidentemente, no disparé por falta de munición, y eso lo empeoró todo, porque debieron darse cuenta de la situación.

Ya no quise mirar más atrás. Corrí y corrí, tirando de Angie.

En menos de dos minutos, nos alcanzó la sombra de la cosechadora, inmensa mancha negra sobre el oro del trigo, perfil enorme coronado por las siluetas de los monstruos de feria, componiendo, entre una cosa y otra, la imagen de un Golem aterrador.

—¡Separémonos! ¡Así tendremos más posibilidades!

Angie se fue para un lado, yo para el otro, y ellos se decidieron (como había supuesto) por mí. Las cuchillas casi me rozaban los talones. El polen de las espigas arrasadas me creaba dificultades supletorias para respirar.

Pisé en falso, sobre una piedra. Inoportuno momento, pensé mientras caía. Siempre es inoportuno el momento que precede a la muerte.

Sentí el aire producido por el histérico rodar de las cuchillas. Ya no podía hacer nada. Adiós muy buenas. Indiana James convertido en picadillo para hamburguesas.

La cosechadora frenó en seco.

Alguien saltó rápidamente al suelo. Dos recios brazos me sujetaron por la espalda. Bien: Querían darse el gustazo de

machacarme personalmente, recurriendo a gratificantes métodos artesanales y pasando de máquinas.

Los brazos me obligaron a girar. Me vi encarado con quien me había cogido. Los otros seis monstruos me rodeaban, hostiles y deseando acabar conmigo.

Pero éste no. Porque a éste le conocía.

Y él a mí. Y se alegraba muchísimo de verme, y me daba palmadas, y se reía contentísimo, y me zarandeaba poniendo todos mis huesos al borde del descoyuntamiento.

—¡Gronk! ¡Dioses, Gronk!

—¡Gronk! ¡Ja, ja! ¡Gronk! —respondía él entre risotadas. Y, a sus compañeros, en tono amenazante—: ¡Amigo! ¡Gronk! ¡Amigo de Gronk! —Elemental mensaje que podía traducirse por: «A quien se atreva a tocarlo, le despedazo».

—¡Amigo de Gronk! —insistió. Y los demás se apresuraron a asentir con la cabeza, porque Gronk medía casi dos metros y, aunque no deforme, era tan fuerte como La Bestia Humana. Y mucho más ágil.

Era un indio de la tribu sarcee al que había conocido al norte del Canadá. Juntos habíamos impedido la más increíble y salvaje partida de caza de la historia contemporánea, y juntos habíamos viajado hasta Guinea Bissau vía Italia, en busca de un fabuloso tesoro hundido en el mar[5].

Estrujándome y levantándome en vilo, me contó en clave de gruñidos que había salido corriendo de su *roulotte* en cuanto oyó la jarana en la barraca, y que suya había sido la idea de perseguirme con la cosechadora. El reflejo del sol le había impedido reconocerme hasta el último momento. Un «Gronk» compungido: «No sabes cuánto lo siento…».

A todo esto, Angie había llegado con cara de no tenerlas todas consigo hasta nosotros. Le presenté a Gronk.

—Angie, éste es Gronk, un amigo —y ella a él—: Ésta es Angie, Gronk, amiga mía.

—¡Angie, amiga! ¡Gronk!

—¡Gronk! —contestó la chica haciendo una mueca y estirando el brazo con la palma de la mano abierta.

—¡Gronk! —Y el indio se descoyuntaba de risa.

—Por cierto —intervine—. ¿De qué trabajas en el circo?

—¡Hombre impasible! ¡Nunca se ríe! ¡Gronk! ¡Ja, ja!

Más tarde sabría que nadie había logrado arrancarle una sonrisa. Qué va. Entraban los clientes en la barraca, dispuestos a contar chistes y a hacer mil y una bufonadas con tal de ganarse la recompensa… pero cuando llevaban unos segundos ante el indio enorme y desgreñado, cruzado de brazos ante ellos y mirándoles fijamente, ceñudo, les entraba un no sé qué, se ponían muy nerviosos y no era raro verles salir corriendo en busca de un lugar donde aliviar una súbita diarrea…

Duffy, el enano, rebullía nervioso. Se acercó a Gronk, como pidiendo permiso para ir a satisfacer una necesidad.

—Ha venido a matarme —dijo, señalándome.

Craso error. Gronk le creyó y, como era de los que hacen lo que sea por un amigo, cogió al enano, dispuesto a ahorrarme el trabajo…

—¡No, Gronk! —Y, a Duffy—. Eso no es cierto. Sólo quería hablar contigo…

—Me avisaron de que vendrían a matarme —insistió él, sin perder de vista al indio—. Por lo de Gallaher —agregó.

—Vamos por partes: ¿quién te lo dijo?

—Wells. Jerry Wells. Me mandó un telegrama urgente advirtiéndome de que los de su empresa vendrían a matarme y a quitarme los papeles que le guardaba…

—No sé de qué empresa me hablas. Quizá sería mejor que empezaras desde el principio…

Me contó la historia mientras desandábamos el camino hacia el circo:

Jerry Wells le había ido a buscar a México, y le había pagado para que se le «apareciera» a Gallaher en su granja. Aparte del dinero, a Duffy no le importó amargarle la vida al granjero ya que éste, cuando era su jefe, el propietario de la barraca, le había tratado con poca consideración. Acabado el «trabajo», Wells le mandó de regreso al circo, confiándole una carpeta de documentos para que se la guardara. Eran unos documentos muy interesantes. Claro que se los había leído, faltaría más. Pero si quería, yo mismo podría hacerlo ahora, ya que era amigo de Gronk. Y también podía llevármelos, para ahorrarle problemas.

—No me gustaba mucho, ese Wells. Me contó que, para poder

conseguir el trabajo de mozo de cuadra y controlar así a Gallaher, asesinó a un tal Rawlins, colgándole de un árbol…

Estábamos llegando al circo. Enfilamos el camino de la *roulotte* del enano, para recoger la famosa carpeta.

La puerta de esa *roulotte* se abrió de repente, y alguien a quien yo conocía salió corriendo con una carpeta en las manos. Era Robert de Niro.

Le reconocí yo; me reconoció él; ambos nos quedamos un momento parados por la sorpresa. Luego, sacó una pistola y empezó a disparar, vaciando el cargador.

De los nueve que éramos, le dio al blanco más difícil: Duffy. El enano se desplomó junto a mí sin un gemido, con un agujero en el cuello.

—¡Mierda, a por él! —grité.

Difícil tesitura aquélla en la que se vio Robert de Niro, con el arma descargada y un grupo de seres temibles lanzándose en su persecución. Corrió hacia un lado, luego hacia el otro, hizo fintas y, cortadas todas las vías de escape, optó al final por meterse en la carpa del circo.

—¡Muy bien! ¡A ver cómo sale de aquí! —gritó El Hombre de Goma—. ¡Ya le tenemos!

Entré tras él. No podría escapar, en efecto. No podía correr hacia ningún lado…

… Pero si trepar por la escalera de los trapecistas hacia lo alto de la carpa.

Y en lo alto, en una plataforma ardía en un cuenco algo parecido a la llama olímpica. Luego sabría que los trapecistas del circo habían estado ensayando un número en el que intervenían antorchas.

Dioses, pretendía quemar la carpeta de los documentos.

Quise ir tras él, pero Robert de Niro había pensado todo y, al llegar a la plataforma, usó un cuchillo para cortar la escala de cuerda. Yo no sabía qué hacer. Vi otra plataforma, a la misma altura y al otro lado del circo, y empecé a subir por su escalera.

Cuando llegué arriba, Robert de Niro ya estaba poniendo la carpeta en el fuego. Muerto Duffy, incinerados los documentos, todas las pistas se desvanecerían…

Entre plataforma y plataforma, colgaban los trapecios a trece

metros de altura. Abajo no había red.

—¡Indyyy, nooo! —Oí a Angie, figura diminuta y gesticulante—. ¡No seas loco!

Pero lo fui.

CAPÍTULO VII

Agarre un trapecio, me sujeté fuertemente a la barra y me lance al vacío.

El trapecio se enfadó y trató de arrancarme los brazos de un tirón. Sentí que hendía el aire, y al mismo tiempo, una mano helada me comprimía el estómago, y me pareció que eran dos mil y no trece los metros que me separaban del suelo.

Dioses, qué vértigo.

Chillaban Angie y los monstruos de feria abajo, se consumía inexorablemente en el fuego la carpeta de Robert de Niro y yo oscilaba como un péndulo, a sabiendas de que aún no había llegado el más difícil todavía.

Tenía que soltarme, saltar a otro trapecio situado más adelante.

Lo hice.

Las manos crispadas, alguien gritando en tu interior que no lo lograrás, que es imposible, que las cerrarás en torno al aire y mañana saldrás en las páginas de sucesos convertido en puré humano.

Tropezaron mis dedos con la barra del otro trapecio, los cerré con desesperación, como un avaro agarrando monedas de oro. Nuevo tirón. Nueva oscilación en el aire, esta vez volando hacia la plataforma.

El palo que servía de base a la plataforma se prolongaba unos metros más arriba. Visión fugaz de Robert de Niro agarrándose a él. Funesta premonición de rebote inevitable contra la plataforma y consecuente caída.

Mis pies tomaron contacto con el minúsculo espacio de apenas dos metros cuadrados. Proyecté el cuerpo hacia delante, solté la barra del trapecio y me abracé a Robert de Niro con todo el énfasis

del mundo y un poco más.

Oscilamos los dos peligrosamente sobre la plataforma.

Yo tenía cosas que hacer. Sin perder un segundo, metí la mano en el fuego olímpico y saqué la carpeta requemada, casi completamente consumida, y la lancé al vacío. Robert de Niro aprovechó todo eso para empujarme con ánimo de hacerme seguir el mismo camino.

Perdí el equilibrio, braceé desesperadamente en el aire. Dioses, iba a caer.

Y caí. Pero ya le estaba cogiendo el tranquillo a eso de agarrarme a los sitios, y mis dedos se crisparon automáticamente sobre el canto de la plataforma.

Robert de Niro lo tenía todo perdido. Había matado a Duffy, estaba atrapado sin remisión allí arriba y sabía que nada bueno le esperaba cuando lo cogieran los de abajo. Su única oportunidad era hacer tiempo, confiar en que se presentara la policía y le detuvieran y luego, tal vez, ponerse en manos de un abogado y confiar en oscuras influencias salvadoras.

Yo era un estorbo de cara a todos esos planes, de forma que empezó a pisarme los dedos, como suele suceder en estas circunstancias. Ya tenía un asesinato a sus espaldas: ¿qué le importaba otro?

Dolor lacerante en los dedos, grito de victoria del otro en cuanto solté una mano, pisotones apresurados en la otra…

Proyecté mi brazo libre hacia delante y le agarré un pie con mis dedos machacados. Tiré de él hacia mí, al tiempo que se lo retorcía bruscamente con un giro de muñeca.

Cayó de espaldas sobre la plataforma. Yo me icé a fuerza de músculos. El se revolvió, se incorporó y trató de empujarme de nuevo. Pude apartarme a tiempo…

… Y le vi pasar ante mí, viaje mortal hacia el vacío, grito estremecido de espanto, golpe horrísono que resonó en toda la carpa, rebote del cuerpo ya desmadejado y reventado…

—Dioses… —gemí—. Dioses…

Los de abajo no habían perdido el tiempo. El Hombre de Goma había salido en busca de los trapecistas y del propietario del circo. Los trapecistas volaron por los aires para fijar una cuerda que me sirvió para bajar a tierra firme y el propietario del circo, Jean-Pierre

Lafauche, tuvo un breve diálogo conmigo.

—No quiero embarullar las cosas —dijo. Señaló el cuerpo de Robert de Niro—. Es un asesino y un loco. Un asesino porque ha matado a Duffy y un loco porque ha querido jugar a los trapecistas. Váyase antes de que lleguen los gendarmes. Prefiero darles una versión simplificada.

Pocas horas después, Angie, Gronk y yo estábamos ya en París.

El asesino de Duffy había quemado también sus documentos en el fuego olímpico. De la carpeta, sólo quedaban muchas cenizas y un trozo de papel en el que se leía una lista de siete nombres.

A Saber:

Marion Himes (el nombre de soltera de la esposa de Gallaher), Jane Grant, Mary Bruñe, Linda Stevens, Helen McGuffin, Rebecca Hayes y Victoria Brown.

Todas mujeres. Los nombres de Marion y de Rebecca Hayes aparecían subrayados.

—¿Te dicen algo estos nombres? —interrogué a Angie.

—Victoria Brown es mi hermana —contestó ella, muy seria—. Bueno, lo era, porque murió. Ya te lo dije.

—¿Y las demás?

—No sé… Me suena mucho el nombre de Mary Bruñe. Creo que era una amiga de Marion y de Vicky. Helen McGuffin podría ser la hija de los propietarios de la tienda donde compraba mi madre…

Todas las pistas conducían a Nottingham Hill, el barrio donde se habían criado Marion y su hermana.

—Tendremos que arriesgarnos y regresar a Inglaterra… —concluí yo.

—¿Arriesgarnos? ¿Por qué?

—¡Porque agredimos a un policía entre Glasgow y Edimburgo, y ahora nos estarán buscando!

—Oh, no le preocupes por esto. Buscan a otro. Le di un nombre inventado cuando recurrí a él, y lo mismo hice con el tuyo…

Viaje de regreso en avión a Londres, escenas de pánico entre los funcionarios de inmigración cuando éstos pretendieron interrogar a Gronk y el indio les replicó con un gruñido al tiempo que les escrutaba con su cara de «hombre impasible», y parada final en Nottingham Hill, barrio obrero y populoso.

En Nottingham Hill empezaron las sorpresas. Fue fácil localizar

a todas las chicas gracias a la guía telefónica y a sus apellidos poco comunes.

—¿Que quieren ver a Mary? —nos preguntó la señora Brune, su madre, con aire compungido—. Lo siento, no es posible…

No llevábamos a Gronk con nosotros (le habíamos dejado en el hotel armando un *puzzle*), de modo que no parecía haber razón para la actitud defensiva de la buena mujer.

—Sólo queremos hablar con ella —argumentó Angie—. Era amiga de mi hermana Vicky, señora Brune.

—Lo siento. Mary murió hace tres años, en un accidente de carretera.

—Perdone… No lo sabíamos…

Mary había muerto en un accidente de carretera (en circunstancias un lamo confusas, según averiguamos), y Vicky Brown se había caído de la manera más tonta desde un séptimo piso, sin que hubiera en aquel momento ningún testigo en el interior de la vivienda. Había bebido de más concluyó el informe policial.

El número de misteriosos accidentes se incrementó hasta cinco en cuanto dimos con los familiares de Jane Grant, Linda Stevens y Helen McGuffin.

Jane Grant: Arrollada por un coche que se dio a la fuga, cuatro años atrás.

Linda Stevens: Ahogada en el mar mientras se daba un baño nocturno en las playas de Bournemouth. No había testigos: estaba sola.

Helen McGuffin: Muerta, junto con sus padres en el incendio de su casa. El incendió comenzó por causas no aclaradas.

Por otra parte, en los periódicos venía la noticia de lo «ocurrido» en la granja Gallaher: Stephen Gallaher, preso de un ataque de psicosis galopante había matado a todos sus animales y después a su esposa Marion y a su hijo recién nacido, para posteriormente prender fuego a la granja, haciendo estallar de paso el depósito enterrado de propano del que se servían para obtener energía.

El asunto pintaba tan siniestro que a Angie se le olvidaron incluso las ganas de pagarme la deuda y acostarse conmigo.

Quedaba una chica, Rebecca Hayes. En su casa nos informaron de que tras una pelea con sus padres se había marchado con rumbo

desconocido a vivir su vida, va hacía cuatro años de eso.

—La criamos, la alimentamos y la muy desagradecida nos dio el portazo —bufó su padre, un carcamal escuchimizado de piel cetrina y ojos mezquinos—. Allá ella. Así se pudra en el infierno.

—¿No han tenido más noticias de ella?

—¿Acaso no le he dicho que nos peleamos? ¿Acaso no acabo de contarle que abandonó su hogar? —Y miraba las cuatro paredes tambaleantes, puro cartón desconchado y mugriento de su «hogar»—. Además —agregó— ya me empieza a tocar las narices que la gente venga a preguntarme siempre por ella, como si fuera la Reina de Saba.

—¿Quién ha venido a preguntar?

—Unos de una empresa para los que había hecho algún trabajo antes de irse de casa. No sé qué trabajo, porque nunca la vi arrimar el hombro, a la muy desgraciada. Primero decían que querían pagarle el trabajo que hizo para ellos. Les dije que me lo dieran a mí, que bien ganado me lo tenía por haberla mantenido a pan y cuchillo durante diecisiete años. Me lo dieron, pero luego seguían viniendo, porque les interesaba mucho encontrarla para volverla a contratar… Hasta me ofrecieron dinero si les decía dónde estaba, pero, diablos, yo nunca lo he sabido… Se esfumó…

Yo saqué dos billetes de diez libras de mi cartera y se los entregué.

—Por el tiempo que le estamos haciendo perder —argumenté—. ¿Qué empresa era ésta?

—Nunca me lo dijeron… —Un brillo astuto en los ojos mezquinos.

Añadí treinta a las veinte primeras libras.

—… pero un día vi el membrete de los papeles que llevaba uno de ellos. «CORFORT LINE», decía…

La CORFORT LINE. Yo la conocía. Todo el mundo la conocía. Empresa puntera entre las del sector farmacéutico, con marcas de analgésicos de ventas millonarias entre la población…

Le estaba dando vueltas a eso mientras nos alejábamos, cuando un chico de unos catorce años salió corriendo detrás de nosotros.

—Soy el hermano de Rebecca —se presentó, jadeando—. Lo he oído todo. Estaba en la habitación de al lado…

—¿Y?

—Bien… Yo sé dónde está mi hermana. Nos mantenemos en contacto. Ella no quiere que le diga nada a mi padre, y lo comprendo…

Me fijé en que tenía marcas de morados en la cara y en los brazos.

—¿Te pega tu padre?

—No… no fue él… Fueron los de esa empresa, ayer por la noche. Me acorralaron en un callejón, me pegaron… —Bajó los ojos —. ¡Mierda, aguanté lo que pude, pero acabé dándoles la dirección de Rebecca!

Yo y Angie nos miramos con un escalofrío.

—¿Dónde vive tu hermana?

—En un caserón al oeste de Irlanda, cerca de un pueblo que se llama Dingle. ¿Por qué la buscan? ¿Quieren ayudarla? ¿Van a ayudarla? ¡Me dijo que esa gente quería matarla!

—Ayúdanos tú. Dinos por qué quieren matarla…

—Eso no lo sé. Nunca me lo contó.

Dioses, estábamos llegando tarde a todas partes. Los de la CQRFORT nos llevaban una noche de ventaja. Dejamos al muchacho casi con la palabra en la boca, salimos corriendo Angie y yo sin necesidad de decirnos nada.

Un apresurado paso por nuestro hotel, un gruñido de sobresalto de Gronk, el *puzzle* que se quedó a medio hacer, y los tres partimos en el primer avión hacia Cork.

En el mismo aeropuerto de Cork alquilamos un Austin y salimos disparados hacia el Oeste. Una sola parada hasta Killarney, y para poner gasolina. Breve trayecto hacia el Norte y alcanzamos, a las once de la noche, Dingle, en el punto más occidental de la isla, si exceptuamos Valentía Island.

… Y tantas prisas, tanta precipitación, para Henar tarde.

CAPÍTULO VIII

Rebecca Hayes vivía en un caserón aislado en los acantilados, en compañía de un ama de llaves.

Esto nos lo dijeron en Dingle, y como propina aterrorizante, agregaron que, cosa curiosa, «unos señores ingleses» habían hecho la misma pregunta apenas media hora antes.

—¡Acelera! —me urgió Angie.

Volamos por una carretera estrechísima y mal asfaltada, que llegaba hasta los escarpados acantilados, masas de piedra oscura que se hundían en vertical hasta el infinito, para luego bordearlos caprichosamente. En condiciones normales, juro que no hubiera sobrepasado la prudente velocidad de diez millas por hora. Dioses, un despiste y la caída desde el trapecio del circo sería una caricatura al lado de lo que sucedería.

De pronto, tras una curva, apareció un coche de frente, lanzado a toda velocidad.

Me cegaron los faros, viré a la izquierda, aullido de frenos y salto del corazón en el pecho.

—¡Cuidadooo! —chilló Angie.

—¡Gronk! —coreaba el indio.

Quedamos cruzados entre la carretera y la cuneta. El otro coche, un Renault-5, se llevó por delante nuestro guardabarros trasero al no poder esquivarnos completamente.

Y, mientras pasaba, en una fracción de segundo, tuve una visión fugaz del hombre que lo conducía: Jerry Wells. Había dos personas más en el interior. Dos mujeres.

Jerry Wells, con los ojos muy abiertos y una cara de loco que no se la saltaba Sigmund Freud.

Inicié la maniobra de retroceder hacia el centro de la carretera

para perseguirle. Frené en seco al ver que venía otro vehículo lanzado, un Nissan Patrol.

—¡Les están persiguiendo! —dedujo Angie.

Sagaz deducción que aclaraba definitivamente las cosas. Los del Nissan serían los de la CORFORT, movidos por sus oscuros intereses, y, por lo tanto, Jerry Wells estaba en contra de la CORFORT y a favor de Rebecca. Aunque eso no justificaba, en absoluto, su comportamiento en la granja, sus manías de contratar enanos para asustar a Gallaher, de criar cuervos rabiosos con ignotas intenciones y de ahorcar caprichosamente a Rawlins, su sensato predecesor en el cargo.

Di media vuelta y salimos en persecución de los perseguidores.

El espanto de las cunas cerradas, la amenaza constante del precipicio tan próximo, la sensación de que aquello, por fuerza, tenía que acabar mal. Tres coches a cien millas por hora por aquellos parajes era una apuesta demasiado alta contra la ley de probabilidades.

Angie estaba lívida y Gronk, «El Hombre Impasible», se reía ahora a carcajadas en pleno ataque de histeria.

Ganamos algo de terreno.

Ante nosotros, también el Nissan le ganaba terreno al
R-5
de Jerry Wells. Ascendimos, los tres vehículos por riguroso turno, una corta pendiente tras la que se abría, por lo menos hasta donde alcanzaban los faros del Renault, un tramo rectilíneo…

… Hasta que, de repente, se apagaron los faros del
R-5…

… Y el coche viró bruscamente a la derecha (el acantilado quedaba a la izquierda)…

… Y aullaron los frenos del Nissan, y se giró el coche, derrapando lateralmente sobre la carretera.

Quedó por fin inmóvil, cuando yo va habría apostado el cuello a que saltaría por el acantilado.

La luz de los faros del Austin iluminó a Jerry Wells, que había saltado del
R-5,
y ahora, junto al Nissan, lo empujaba.

Nosotros ya habíamos llegado a su altura. Frené en seco, salté

del coche, justo a tiempo para ver lo que ya estaba ocurriendo, sin remedio posible.

El Nissan había quedado colgado sobre el acantilado, el morro y las ruedas delanteras al vacío, las ruedas traseras en tierra firme. Péndulo inestable entre la vida y la muerte, balanza que Jerry Wells se encargó de inclinar a favor de la segunda posibilidad con su empujón.

Y, simultáneamente, mientras el coche empezaba a despeñarse, una bala atravesó su cristal trasero, alcanzando a Wells. Justo a tiempo. En el último momento.

La escena era de una confusión terrible. Chillaba Angie, gruñía Gronk, sollozaban junto al

R-5

Rebecca Hayes y su ama de llaves. Y, allá, en el fondo, el Nissan rebotaba una y otra vez, en un estrépito cada vez más débil y lejano que finalizó en un casi inaudible chapoteo.

Yo me acerqué a Jerry Wells, que agonizaba.

—Trataron de impedir que alcanzara la gloria… Quisieron borrar mis logros… —gemía débilmente.

—¿De qué logros está hablando? —le pregunté yo.

Pero él iba a lo suyo:

—Ellos querían matar a todas las chicas para que no se supiera nada… Yo protegí a las que pude… Sabía que habría problemas cuando tuvieran hijos, pero tenían que tenerlos, para que el mundo supiera que yo tenía razón… Muerta Marion Gallaher, muerto su hijo, todavía me quedaba Rebecca… —siguió hablando, pero su voz se convirtió en un murmullo ininteligible y, después, sé apagó.

Estaba muerto.

Rebecca Hayes, pálida y descompuesta, vino a nuestro encuentro con paso vacilante.

—De las siete, eres la única que sigues con vida —le dije—. ¿Qué ocurrió?

Ella nos miró sin comprender. Tal vez imaginaba que nosotros también éramos de la CORFORT, tal vez pensó que había llegado al final del camino.

—Soy la hermana de Victoria Brown —le dijo Angie—. Puedes confiar en nosotros.

La chica estalló en sollozos.

—Hace cinco años de esto… —habló por fin, serenándose—. Siete chicas de un mismo barrio que respondieron a un mismo anuncio. Una oferta de cien libras sólo por probar una sustancia experimental sintetizada en los laboratorios CORFORT. Drafter, la llamaban. Nos dijeron que se trataba de algo revolucionario, un analgésico específico para los períodos de menstruación… Jerry Wells era el científico que había sintetizado el Drafter, y también quien dirigía las pruebas…

—¿… Y?

—El resto me lo contaría el propio Jerry, mucho más tarde. Por lo visto, los de la CORFORT realizaron las pruebas sin el correspondiente permiso de Sanidad. Luego, Jane Grant quedó embarazada… y las ecografías mostraban que su hijo nacería monstruoso. Los de la CORFORT se enteraron, investigaron y descubrieron que el Drafter producía toda clase de mutaciones a nivel cromosómico. Nosotras nos habríamos ido enterando a medida que tuviéramos hijos… Las coincidencias habrían levantado suspicacias, tarde o temprano, se habría desvelado la responsabilidad de la CORFORT. Sólo había una manera de evitar el escándalo: Matamos a las siete antes de que quedáramos embarazadas. Empezaron por la propia Jane…

—Y a ti te salvó Wells —adiviné.

—Sí, me daba dinero, me mantenía escondida. Sólo me pidió una cosa: Que tuviera un hijo. Porque él estaba convencido de que, aunque deformes, los niños nacerían con una inteligencia prodigiosa, una capacidad mental excepcional… —Rebecca se echó las manos al rostro—: ¡Yo no podía hacer nada, dependía de él para mantenerme oculta de la CORFORT!

—¿Y por qué no tuviste el hijo? —preguntó Angie.

—Porque no podía —sonó a nuestras espaldas la voz del ama de llaves. Era una mujer mayor de aspecto severo y estirado, figura que recordaba a los personajes de las novelas de Emily Brónte—: Pero Wells se negaba a tirar la toalla, hablaba de someterla a una operación que solucionara su problema de esterilidad.

—… Pero antes de llegar a esto, aún tenía la carta de Marion Gallaher. Marion no sabía nada, pero Jerry decía que no habría problemas, que ella y su marido tendrían a su hijo en secreto y que él se lo llevaría antes de que los de la CORFORT se enteraran… —

completó Rebecca.

«Claro», pensé yo. Eso explicaba lo de la granja. Valiéndose de sus conocimientos científicos, Wells había estado inoculando sustancias tóxicas (tal vez incluso su Drafter) a los animales embarazados. Mató a Rawlins porque suponía un problema, acabó de enloquecer a Gallaher con la ayuda de Duffy, el enano, convenciéndole de que todo era cosa de Satanás. Todo para evitar que la noticia del nacimiento de un bebé monstruoso saliera a la luz pública, y también para que los de la CORFORT no se enteraran. En su locura, incluso habría enloquecido con anfetaminas a los cuervos que criaba, como arma defensiva de emergencia…

Dioses.

Pero el de Wells era el comportamiento de un loco. En cambio, el de la CORFORT, mucho más cuerdo, infinitamente más despreciable, me producía asco y ganas de vomitar.

Hubo un silencio. Soplaba el viento en los acantilados, se estrellaban al fondo las olas contra las rocas con una furia paciente, en su trabajo de siglos para convertirlas en arena.

Y Rebecca Hayes lloraba.

—Tendrás que seguir escondiéndote —le dije—. Por lo menos, durante un tiempo. Tengo amigos en todo el mundo y puedo facilitarte las cosas. Sólo te pediré un favor: Que hables con la prensa, que me ayudes a desvelarlo todo.

—No deseo otra cosa —dijo Rebecca Hayes.

Y yo, iluso de mí, creí que podría golpear a la CORFORT, imaginé por un momento que conseguiría que aquella roca multinacional se convirtiera en arena, mostrándole al mundo la podredumbre que la corrompía.

CAPÍTULO IX

Hable con Zenna Davis desde el teléfono de un bar del turístico pueblo de Killarney, capital del condado de Kerry.

En muchas ocasiones, había conseguido reportajes extraordinarios para mi amiga del New York Times, pero por presiones de gobiernos que se sentían amenazados en lo más profundo de su seguridad nacional, me había visto obligado a impedir que se los publicara. Ahora, por fin, podía ofrecerle una historia publicable.

Y estaba muy interesado en que saliera a la luz.

—Bueno, bueno… Todo eso que me cuentas es muy interesante, voyou (a veces me llama cherie, a veces voyou[6] pero… ¿tienes pruebas?

—¡Tengo a la chica superviviente, a Rebecca Hayes!

Zenna dudó:

—Sí, de acuerdo, pero eso sería el testimonio de lina chica contra el de la más poderosa de las multinacionales farmacéuticas. —Y, muy seria—: Me temo que no podremos arriesgarnos…

Dioses, no hubo manera. La CORFORT era como un monstruo omnívoro con muchos tentáculos, demasiado poder y legiones de abogados dispuestos a acusar por injurias y difamación a quien fuera.

Los muy hijos de puta.

Me quedé como bastante deprimido. A Rebecca, la envié de inmediato a Hong Kong, después de darle dinero y de llamar a mi amigo Wanna Do para pedirle que se ocupara de ella.

Dos días después, Gronk y yo estábamos solos. Merodeábamos por las tabernas típicas de Killarney, tratando de olvidar y jugándonos cervezas y cafés irlandeses con los parroquianos a que

no conseguían hacerle reír.

Ganamos todas las apuestas.

En cuanto a Angie… bien, regresó a Londres.

El trozo de esparadrapo accedió por fin a desprenderse de mí.

Claro que, para ser sincero, he de decir que antes de irse me pagó lo que me debía.

Y que cada cual piense lo que quiera…

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase «Recuerde el arma dormida», n.º 17 de esta misma colección. < <

[2] Véase «El panteón flotante», n.º 4 de esta colección. < <

[3] Véase «Razones de Estado», n.º 12 de esta colección. <<

[4] Véanse «El tesoro de Gardenfly», «Camelo-T» y «Séptimo hijo de hijo séptimo», en esta misma colección. <<

[5] Véanse «En busca de la Prehistoria» y «El tesoro de Gardenfly», números 5 y 6 de esta colección. < <

[6] En francés: «canalla». <<